

BOIS LIBROS
ES
ASA

TERROR

EL CADAVER INSEPULTO

Frank Martin



PIETRO MURRAY

TERROR &



© **FRANK MARTIN · 1976**
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00412-6
Depósito legal: M. 27.779- 1976

Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**EL CADÁVER
INSEPULTO**

**Frank
Martin**

e

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

P

EGGY Johnson miró la casa.

Tenía uno no sé qué que sobrecogía el ánimo, que hacía pensar en vampiros y tumbas ocultas. La fachada de la casa estaba a unos metros más allá de la verja. Podía tener muy bien cien años cumplidos. Construida en piedra, hasta las ventanas trepaban viejas enredaderas. La puerta era de bronce y sobre ella campeaba un escudo que podía significar cualquier cosa.

Era una casa grande, oscura y estaba situada al fondo de una tranquila calle.

El corredor de fincas preguntó:

—¿Le gusta?

Peggy hizo un mohín.

—No está mal.

—¿Quiere verla por dentro?

—Bueno.

El interior de la casa era húmedo e inmenso. Unas grandes escaleras subían al piso superior, en el que había puertas de roble. Por las paredes de piedra parecía rezumar el frío.

El piso superior constaba de once habitaciones muy grandes, pero viejas y con grandes desconchones en el yeso de las paredes. Los cristales de las ventanas estaban sucios de polvo.

¡Allí olía a muerte, desesperación y soledad!

Peggy prefirió no pensar en ello.

El corredor de fincas le preguntó:

—¿Quiere ver la planta baja?

—Sí.

Descendieron.

La planta principal no era tan sombría. El jardín posterior resultaba grande, descuidado y triste. En él crecían los cipreses y los helechos. Había al fondo una pequeña casita para el guarda.

—¿Queda algo por ver?

—No.

—¿No hay sótano?

—No, no lo hay.

Peggy, sin saber por qué, sintió cierto alivio al oír aquello. Con sótano, la casa resultaría demasiado tétrica.

—Bueno, volvamos al precio...

—No puedo rebajarle ni un centavo, señorita. El precio que le dije es intocable. Si le interesa, bien. Si no, podemos ver otras casas.

—Me gusta esta.

El vendedor sonrió como un conejillo.

—Llamaré al notario para que lo tengan todo preparado. Mañana pasaré a recogerla al hotel, señorita. ¿Le parece bien a las once?

—A las once.

—Entonces, hasta mañana. Ha sido un placer tratar con usted, señorita.

—Hasta mañana.

* * *

Una vez en el hotel, Peggy pidió una conferencia telefónica con New York.

Al oír la voz al otro lado del hilo, preguntó:

—¿Señor O'Hara?

—...

—Soy Peggy... Peggy Johnson.

—¡Ah! Hola, Peggy. Me gusta ser precavido. ¿Qué hay de la casa?

—Comprada. No hubo forma de hacerles bajar el precio. Pero es lo que estábamos buscando.

—Magnífico. ¿Ha llamado usted a Ricky Saxon? ¿Se ha puesto de acuerdo con él?

—Sí. Acabo de hacerlo.

—¿Y bien?

—Está de acuerdo en todo. Pasado mañana se presentará aquí. Llevará poco equipaje y procurará tener todo el aspecto de un hombre rico, pero que pretende pasar desapercibido.

—Estupendo. Espero que ese actor de segunda sepa hacer bien su papel. ¿Usted conoce a Ricky Saxon?

—No.

—Se parece a mí extraordinariamente. Somos como dos gotas de agua. Cualquiera que le viera, le confundiría conmigo. Espero que mis amigos también lo confundan...

O'Hara soltó una risotada nerviosa que a Peggy le pareció cargada de

miedo.

¿Por qué Walter O'Hara podía tener miedo?

Walter O'Hara, su jefe, era uno de los hombres más ricos de New York, lo cuál era tanto como decir de todo el País. Y en los Estados Unidos, los millonarios son más millonarios que en ningún otro sitio.

¿Por qué podía tener miedo?

—Peggy... ¿está usted ahí?

—Sí, señor O'Hara.

—Yo voy a estar algún tiempo fuera...

—Bien señor.

—Solo dos personas sabrán mi paradero: Mi apoderado, Robert Hamilton, y usted. Nadie más sabrá dónde estoy. Me gusta ser precavido. Tome usted el primer avión y véngase para acá. Hamilton la estará esperando en el aeropuerto.

—Está bien, señor O'Hara. Mañana tomaré el primer avión, al salir de la notaría.

Colgó el auricular y se quedó pensativa.

¿Por qué podía tener miedo Walter O'Hara, un tipo podrido de dinero?

¿A qué venía aquel secreto sobre su próximo viaje?

No entendía nada. Ni tampoco era de su incumbencia lo que allí pudiera ocurrir.

Al menos, eso era lo que ella creía.

* * *

Aquella noche, Peggy durmió bien.

Pero hacia las dos de la madrugada, se despertó un momento y observó que había luna llena. Observó también que su ventana estaba en un ángulo del hotel, y que desde ella se veía la calle por dónde había pasado antes. Y al fondo la verja, aquella extraña verja que parecía flotar delante de la casa. Creyó ver luz tras ella.

Nerviosamente, sin saber bien porque lo hacía, se vistió y salió del hotel rápidamente. Su impulso la llevó hasta la reja, delante de la gran casa silenciosa. Aquella reja le había llamado la atención desde el primer momento.

La luna llena daba en los cristales, formando en ellos extraños garabatos de luz. La puerta de bronce rebrillaba. No se escuchaba más allá ningún sonido, no se advertía ningún síntoma de vida. Era como si allí justamente empezase un cementerio.

¡Un cementerio!

Esa fue la palabra que quedó como grabada a fuego en la mente de la muchacha.

¡Cementerio!

Unas pisadas la sacaron de su abstracción. Eran unas pisadas fuertes y que sin embargo parecían llegar desde muy lejos. Volvió el rostro y entonces vio al hombre.

Había surgido por algún costado de la calle, no se podía precisar cuál. Iba vestido de negro, con pantalones de pana oscura, botas claveteadas y cazadora de piel. Sin embargo, había en sus facciones distinguidas, tal vez demasiado pálidas, algo que no cuadraba con sus ropas. Su voz era agradable.

—La casa está vacía.

—Lo sé, pero yo voy a vivir en ella.

El hombre era joven y atractivo, pero en sus ojos oscuros parecía flotar un enigma. Hubiérase podido decir que aquellos ojos miraban desde el más allá.

—Yo soy quien debería vivir ahí. Puede decirse que nací en esa casa.

—¿Cuándo?

—¡Huy! ¡Hace mucho, muchísimo tiempo!

—Pues usted parece bastante joven.

—No haga caso. Hay personas que no tienen edad.

—¿Y por qué no vive ahí? Es una casa muy señorial.

—No me gusta. Dos seres queridos murieron en ella.

—¿Y qué? Todos tenemos que morir... en alguna parte.

—Pero es que ellos murieron abrasados. Y sus cadáveres aún están ahí.

Peggy tuvo un estremecimiento, mirando los guiños que la luna dibujaba en los cristales de la casa. De repente volvió la cabeza y se echó a reír.

—¿Sabe que esta conversación es muy extraña? No hace ni dos minutos que nos hemos visto por primera vez y ya estamos hablando de muertos. No tiene sentido.

—Nada en la vida tiene sentido.

—¿Por qué dice eso?

—No, por nada... No me haga caso.

Peggy entreabrió los labios.

—Quisiera hacerle una pregunta que tampoco tiene sentido.

—Bueno, hágala...

—¿Dónde está el cementerio de esta ciudad?

—Muy cerca de aquí.

—No... no creía que estuviera tan cerca.

Es que la ciudad ha crecido, rodeando el cementerio, pero este no se ha movido de sitio, como es lógico. Verá, detrás de la casa hay un jardín...

—Lo conozco.

—Pues más allá hay una callecita y al otro lado ya está el cementerio.

Peggy tragó saliva.

—Gracias.

Echó a andar.

Oyó el sonido de las botas claveteadas avanzando sobre el pavimento, detrás de ella.

—¿Va usted a ir al cementerio... a estas horas?

—Sí. ¿Usted nunca ha sentido un impulso? Yo, sí. Yo siento de repente como un mandato, como si tuviera que hacer una cosa... ¡Y la hago! Por otra parte, nadie ha dicho que a los muertos les importe mucho la cuestión del horario. Buenas noches.

El repuso con un soplo de voz:

—Buenas noches...

Peggy avanzó poco a poco, dando la vuelta a la casa. Oía el resonar de sus propios zapatos sobre el pavimento como un sonido extraño y lejano. Cruzó la callecita y de pronto se encontró ante el cementerio.

Este era pequeño. Tenía varios altos bloques de nichos y formaba un rectángulo rodeado completamente por una pared de piedra, excepto por la parte principal, donde había una verja.

Peggy la miró con los ojos entrecerrados, mientras sentía que se le hacía un nudo en la garganta.

La verja resultaba idéntica a la que había ante la casa. Se adivinaba que antes debió ser mucho más extensa... Peggy cerró del todo los ojos. Sus pensamientos eran lentos y flotantes como la niebla.

De modo que la verja que había ante la casa había sido sacada del cementerio...

¿Por qué aquel detalle tan macabro?

De modo que un pedazo de cementerio era lo que ella vería todos los días, desde la ventana...

Poco a poco, notando que le costaba trabajo respirar, volvió al hotel a lo largo de la calle solitaria. Estaba muy, muy asustada. Terriblemente asustada.

CAPITULO 2

E

l «Boeing» tomó tierra en el aeropuerto de Idlewild, en New York, a las diez de la mañana.

Robert Hamilton, el apoderado del millonario O'Hara, impecable como siempre, estaba esperando a Peggy en el *hall* de llegadas del edificio principal. Apretó la mano de la muchacha, la obsequió con una de sus sonrisas y luego se puso al volante de un coche.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien.

—Tengo entendido que encontró usted la casa idónea y que la compró. Eso es, al menos, lo que me ha contado el señor O'Hara.

—Así es.

—¿Localizó a Ricky Saxon?

—Sí.

Durante unos minutos, ninguno de los dos habló. De pronto, a Peggy le pasó una idea por la mente.

—Señor Hamilton, ¿para qué queremos exactamente esa casa?

Él se pasó la lengua por los labios antes de contestar lentamente:

—Para que un hombre sea asesinado en ella.

—¿Cómo?

Hamilton sonrió.

—Si en todo esto se ocultara algo oscuro, no se lo habría dicho. En efecto, allí vivirá un hombre que corre peligro de ser asesinado.

—¿Quién?

—Walter O'Hara.

—No entiendo una palabra.

—Pues es fácil de entender. Hace dos meses estuvieron a punto de asesinarle y él no hizo caso, pero ahora tiene la seguridad de que el golpe va a repetirse. Por eso quiere ocultarse durante una larga temporada en un lugar como ese, donde difícilmente va a encontrarle nadie.

—De modo que el plan consiste en que la atención del asesino o

asesinos se centre en el doble del señor O'Hara, que será quien en realidad habite la casa, mientras que el señor O'Hara en persona estará pasando unas vacaciones en Florida o en cualquier otro sitio sin correr ningún peligro, ¿verdad?

—Es usted una chica lista. Así es.

—Un plan muy astuto.

—Como que lo ha planeado él. El señor O'Hara es un águila para los negocios y para todo. No se equivoca nunca.

El ambiente de New York era alegre y bullicioso. Los taxis se embotellaban materialmente en Times Square. Ante las puertas de los grandes almacenes, la gente se apelotonaba como si regalaran las mercancías.

Todo aquello parecía tan lejano de la vieja casa y de la verja que en otro tiempo perteneció al cementerio, que Peggy tuvo que cerrar los ojos porque le parecía haber sido trasladada desde otro mundo.

—Aquí es.

Peggy no había estado nunca en el apartamento del señor O'Hara, en uno de los edificios más distinguidos de Lexington Avenue. El inmenso *hall* de entrada la cohibió un poco.

O'Hara, el millonario, vivía en el ático. El ascensor les dejó allí en menos de un minuto. Hamilton oprimió el timbre de la puerta, lujosamente tapizada en cuero rojo, y aguardó. Nadie acudió a abrir. Volvió a oprimir el timbre, mientras susurraba:

—Ha dejado el día libre al servicio para que nadie se enterara de esta entrevista. Como el apartamento es muy grande y los timbres suenan en las cocinas, posiblemente no lo haya oído bien. El señor O'Hara vive... ¡Qué raro! —dijo de pronto—. ¡Fíjese, Peggy, la puerta está abierta!

Sin querer había empujado la puerta. Esta acababa de ceder. Todo aquel rato no había estado cerrada, sino abierta.

Hamilton tragó saliva. De pronto una corriente fría, cortante, pareció pasar entre los dos.

Su mano izquierda empujó la puerta, como si empujara una losa, y vieron el vestíbulo con los muebles caros, los cuadros de buenas firmas y las alfombras mullidas.

Pero Peggy no miró hacia allí. Miró hacia la izquierda.

De pronto sus facciones se tensaron, sus músculos sufrieron una sacudida, y oyó un grito sin darse cuenta de que lo había lanzado ella misma.

Porque Walter O'Hara estaba allí, en la ventanilla de la izquierda. Diríase que los miraba.

Su rostro aparecía apoyado en el cristal. Tenía los ojos espantosamente abiertos, la nariz aplastada contra la superficie transparente... Todo el rato

debía haber estado allí, a su lado, mientras ellos pulsaban inútilmente el timbre.

Hamilton no se había dado cuenta aún.

—¿Qué le ocurre, Peggy?

—Ahí... ahí... ¡Mire! —y señaló hacia la ventanilla.

—¡Es... es espantoso...!

El hombre estaba horrorizado. Pareció dudar solo un instante.

—Hay que avisar a la policía. Entremos. Aquí hay un teléfono.

Hamilton empujó la puerta suavemente, adentrándose en el vestíbulo. Por sus frecuentes visitas al millonario conocía bien aquello, de modo que encontró sin dificultad el despacho situado a la derecha. Desde allí llamó inmediatamente a la policía.

Peggy estaba en el umbral de la puerta, apoyada en el marco, como si fuera a derrumbarse de un momento a otro. Mientras le ponían con el sargento de guardia, Hamilton susurró:

—Peggy... por favor, vaya a la puerta y vigile para que no se arme un escándalo si alguien ve el cadáver. Aunque el señor O'Hara ya esté muerto, quiero llevar el asunto con la máxima discreción posible...

Avanzó hacia la puerta del piso, atravesando el vestíbulo y deteniéndose en el umbral.

Nadie pasaba por el rellano.

El cuerpo del señor O'Hara seguía allí, con la cabeza apoyada en el cristal, los ojos salidos de las órbitas, como mirándola.

Peggy se dio cuenta de una cosa extraña. Ya no tenía miedo. Era una mujer acostumbrada a dominar sus emociones y a sobreponerse a todo. Ya era capaz de mirar a aquel muerto cara a cara.

No, no tenía miedo. Y no lo tuvo hasta que vio aquello.

Hasta que la angustia y el terror subieron otra vez a su garganta, a su boca.

Eran aquellas manos blancas, suaves, que se deslizaban por debajo de las axilas del muerto.

¡Había alguien detrás del cadáver! ¡Alguien, inclinado para que no se le viese el rostro, se lo llevaba poco a poco!

—¿Hamilton?

Peggy, con voz ronca, le llamó.

Oyó los pasos del señor Hamilton, que llegaba corriendo desde el despacho. ¡No era el señor Hamilton quien se llevaba el cadáver! ¡Era el asesino, que estaba allí!

Pudo ver incluso, en el último momento, durante unos segundos, su rostro.

Tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla.

Hamilton llegó corriendo.

—¿Qué pasa?

—Mi... Mire...

Ya no veía al cadáver de Walter O'Hara.

Hamilton abrió mucho la boca.

—Pero... ¿qué es eso?

—Alguien se lleva el cadáver.

—¡Cielo santo! ¡Eso es ridículo y absurdo! ¡No podrá sacarlo de la casa! ¡La policía ya viene hacia aquí!

Hamilton se precipitó al despacho nuevamente y llamó a la conserjería del edificio.

—¡Aquí el apartamento del señor O'Hara! ¡No dejen salir a nadie ni por la puerta principal ni por la de servicio! ¡Ha ocurrido algo muy grave!

—¿Es usted el señor O'Hara?

—No.

—Es que en este momento está entrando la policía...

La comunicación quedó cortada.

Hamilton, presa de un súbito temblor nervioso, esperó a que llegasen los policías.

El oficial de paisano se acercó a él.

—¿Es usted quien llamó?

—Sí.

—Soy el teniente Parker. ¿Dónde está el cadáver?

—Se... se lo han... llevado...

—¿Qué?

—Alguien ha intentado llevárselo. Lo hemos visto con nuestros propios ojos. Por ahí, por la puerta de servicio...

El teniente se puso rápidamente en acción. Seguido de Hamilton y Peggy, se dirigió al lugar donde vieran al muerto. Dio orden de que registraran el edificio.

—No se ve sangre.

—Lo más seguro es que le estrangularan. No había más que ver su rostro para comprender que fue así como lo asesinaron.

—Bueno, eso lo sabremos cuando le hagamos la autopsia. Pero, para eso, primero tenemos que dar con el cadáver. ¿Vieron algo más?

—Yo vi al hombre que se lo llevaba —terció Peggy—. Tenía una cicatriz que le cruzaba la mejilla.

—Luego echaremos un vistazo al fichero. Ahora, vamos al despacho de la víctima. Tengo que interrogarles.

—Pero, ese hombre puede escapar del edificio con el cadáver del señor O'Hara...

—Me extrañaría. Mis hombres acordonan el edificio y vigilan todas las salidas. También están registrando el edificio por dentro. No es la primera

vez que nos encontramos en una situación como esta.

—Sí, claro.

Estuvieron en el despacho de la víctima durante media hora, y en todo ese tiempo no se presentó ningún agente con la noticia de que se había capturado al hombre de la cicatriz. Peggy empezó a preocuparse.

Apenas un minuto después se presentó en el despacho uno de los policías.

—Todo el personal desplegado, señor. Han llegado refuerzos hace un cuarto de hora y hemos terminado nuestro trabajo.

—¿Y qué?

—Nada, señor.

Las facciones del teniente cambiaron. Se volvieron blancas en solo unos segundos.

—¿Cómo que nada? ¿Quiere decirme que han registrado el edificio entero y que no han dado con el cadáver y con el tipo que se lo llevaba?

—Así es, señor.

El teniente masculló una maldición.

—Que suba el conserje.

El conserje subió poco después. Era un tipejo tembloroso cuyas manos no sabían estar quietas un momento.

—Dígame, señor.

—Además de la puerta de servicio, ¿hay alguna otra salida a la calle que no sea la de la puerta principal?

—No, señor.

—Piénselo bien. ¿Ninguna salida?

—Como no sea la carbonera...

El teniente dio un puñetazo encima de la mesa.

—¡La carbonera! ¡Maldita sea!

El mismo bajó con dos hombres a comprobar aquella parte del edificio.

Subió quince minutos más tarde, sin que Peggy y Hamilton se hubieran movido del despacho. Todo aquello había tenido la virtud de inmovilizarlos, de impedirles pensar ni tomar una iniciativa. Cruzaron su mirada.

—¡Maldita sea! ¡Lo que me temía! Ha huido por la carbonera. Hay una reja que está forzada. Da al callejón, por dónde normalmente no pasa nadie. Claro que resulta difícil que alguien haya podido salir llevando un cadáver auestas, pero no imposible. Si eran dos los asesinos, pueden haberlo hecho pasar por un borracho, metiéndolo en el coche. No sería la primera vez.

Hamilton preguntó:

—¿Estamos detenidos?

—¡Oh, no! Usted y la señorita están libres... Solo que no deberán salir

de New York en las próximas veinticuatro horas.

Hamilton y la muchacha salieron. Peggy le preguntó, ya en el ascensor:

—¿Para qué quiere que salgamos de New York pasadas las primeras veinticuatro horas, señor Hamilton?

—¿Para qué va a ser? Para anular la compra de la casa. Ya no nos hace ninguna falta.

—Tiene usted razón. Yo no había caído en ello. Ha sido tan horrible. Lo que no comprendo es porqué habrán matado al señor O'Hara.

—¿No le explicó sus temores?

—No. El señor O'Hara era un hombre muy reservado. Explicaba lo indispensable y nada más. Yo era su apoderado y, sin embargo, hay montones de cosas de sus negocios que ignoro.

Salieron a la calle.

* * *

Pasadas veinticuatro horas del macabro suceso, Hamilton llamó al teniente Parker.

—¿Algo nuevo teniente?

—Nada nuevo. Aún no ha aparecido el cadáver.

—Lo siento. Hum... ¿nos da permiso a la señorita y a mí para ausentarnos de New York?

—A usted le necesitaremos por si aparece, para la diligencia de identificación. Lo siento, pero deberá permanecer aún en la ciudad.

—Entiendo.

Colgó y llamó a Peggy.

—¿Qué hay, señor Hamilton?

—Lo siento, pero la policía no me da permiso para salir de New York. A usted no la necesitan, así que tendrá que ir sola a esa ciudad... ¿cómo se llama?

—Vernonside.

—¡Ah! Sí, eso... Bueno, como le dije, considero un gasto inútil comprar esa casa. Vaya allí y deshaga usted misma la operación. Si el corredor se pone muy pesado, abónele la mitad de su comisión y los gastos, como es costumbre. Siento no poder acompañarla, Peggy.

—No se preocupe. Haré la gestión y estaré de vuelta lo antes posible.

CAPITULO 3

L

AS sombras de la noche habían caído sobre la pequeña ciudad cuando Peggy llegó al hotel.

El conserje, adormilado, descansaba con los codos apoyados sobre el libro de registro. Levantó la cabeza al ver a Peggy, y sus ojos brillaron un momento.

—Buenas noches, señorita. ¿Ya de regreso?

—Sí, pero solo voy a quedarme un día. ¿Puedo tener la misma habitación de la otra vez?

—Por supuesto que sí. Casi toda aquella ala del edificio está vacía.

—¿Quiere darme la guía telefónica? He de llamar a un corredor de fincas llamado...

—Bascomb.

—¿Cómo lo sabe?

—Estuvo anoche aquí y dejó estas llaves de la casa que usted ha comprado.

El encargado se volvió de espaldas, buscó en un cajetín y extrajo un manojo de llaves y se las entregó a la joven.

—De todos modos, he de hablar con ese señor. ¿Me da la guía telefónica?

—¡Cómo no!

Peggy buscó en el libraco y un par de minutos después estaba llamando al domicilio de Bascomb. Le contestó una voz femenina.

—No está... Ha ido al cine... No es probable que vuelva antes de medianoche... ¿Por qué no llama mañana al despacho?

—Eso haré. Gracias.

Peggy subió a la misma habitación que ocupara días antes. La había pedido porque no podía negar que sentía un poco de miedo al recordar la cara de Walter O'Hara y pensar que aún no había sido descubierto el cadáver. De este modo, un ambiente conocido le imbuía una sensación de seguridad en sí misma.

Peggy se tendió en la cama y fumó con lentitud un cigarrillo.

Por estar cuidando del doble del señor O'Hara mientras este permaneciera en la casa le hubieran abonado cinco mil dólares. ¡Ahora todo aquello se había ido a paseo! ¡Mala suerte se llamaba eso!

Terminó el cigarrillo y encendió otro parsimoniosamente, a pesar de que no era su costumbre fumar tanto. Pero el humo, flotando lentamente en la habitación solitaria, le ayudaba a pensar. Luego se puso en pie.

Maquinalmente, sin darse cuenta, descorrió las cortinas de la ventana lateral, la que daba a la calle a cuyo fondo estaba la casa.

La vio.

Detrás de murallas de niebla, detrás de un extraño vacío en el que todos los sonidos se ahogaban, estaba la casa. Peggy vio la verja arrancada del viejo cementerio, las ventanas sobre las que rebrillaba la luz de la luna, y hasta la puerta de bronce.

Nadie pasaba por la calle. Fue a correr la cortina de nuevo y de repente sus párpados temblaron, mientras sus facciones sufrían una sacudida.

Porque en la casa acababa de encenderse una luz, junto a una de las ventanas de la planta baja.

¡Había una luz encendida en la casa!

Peggy creyó haber visto mal.

Volvió la cabeza lentamente, como si temiera cerciorarse, y contempló la casa nuevamente. No, no se había equivocado. Había luz en una de las ventanas de la planta baja...

Una luz muy intensa.

¿Bascomb tal vez?

No, no era fácil que Bascomb estuviese allí. Tampoco había motivo. Más bien se trataba de alguien que estaba examinando la casa, porque luego se iluminaron otras varias ventanas, todas a continuación de la primera.

Encendió otro cigarrillo, pero el tabaco le supo amargo. Le encontraba un sabor espantoso, al tener contraída la garganta. Se dio cuenta de que sus manos temblaban.

Apretó los labios con decisión y abrió la puerta para descender al vestíbulo.

Si no lo hacía ahora no podría dormir en toda la noche. Sería como una pesadilla.

El conserje dormitaba sobre su libro registro, y otra vez brillaron sus ojos al ver a Peggy.

—Deme las llaves, por favor.

—Enseguida.

Sobre los cristales de las ventanas, como la primera noche que vio aquello, rebrillaba la luna. Una de las llaves abría la verja, la cual debía estar recientemente engrasada, porque no chirrió.

Peggy oyó el sonido de sus propios pasos en el jardín. Fuera de aquello todo era quietud a su alrededor, todo era silencio. De pronto, una ráfaga de viento se puso a silbar en la verja.

Peggy con los dientes apretados para dominar su miedo, llegó hasta la puerta de bronce. Otra de las llaves encajaba perfectamente y abrió sin dificultad la puerta de goznes engrasados. La oscuridad que reinaba en el vestíbulo pareció salir a recibirla.

Peggy tragó saliva con dificultad.

Más allá, a la izquierda, por una puerta entreabierta, se filtraba un rayo de luz.

Peggy hubiera querido evitarlo, pero no podía dejar de pensar en el cadáver de Walter O'Hara.

Le parecía ver su rostro, sus ojos muy abiertos en cada uno de los rincones de la casa. Abrió lentamente la puerta, que daba a un dormitorio. Y entonces el horror volvió a saltar otra vez a sus ojos, a su garganta, a su boca.

¡Porque el cadáver de Walter O'Hara estaba allí!

¡Estaba allí quieto, en la cama, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho!

En el silencio espantoso de la habitación, el grito de Peggy resonó como un trallazo.

El cuerpo que estaba tendido en el lecho se movió. Primero abrió uno de sus ojos, y luego desplegó las manos. Inmediatamente, sin dejar de mirarla, saltó del lecho y avanzó hacia ella.

Peggy se llevó las manos a la boca, conteniendo un grito gutural de horror, un espasmo que le destrozaba la garganta. Sintió que su corazón le hacía daño, que sus rodillas vacilaban y se negaban a sostenerla.

Las manos delgadas y blancas se tendieron hacia ella.

—¡No! ¡No... no, nooo...!

El hombre la sujetó cuando Peggy resbalaba sobre la pared, a punto de desplomarse en el suelo.

—¡No!

El hombre sonreía.

—¿La he asustado?

Y de pronto Peggy comprendió. Lo comprendió todo con tal claridad que se hubiera puesto a reír.

—Dios mío...

—¿Qué le pasa?

—Nada, nada... Debió haberseme ocurrido en el primer instante,

cuando desde el hotel vi luz en las ventanas de esta casa. Usted es Ricky Saxon, ¿verdad?

—Claro. ¿Pues quién pensaba que era?

Peggy suspiró hondamente.

—Creí que era... el señor O'Hara. Jamás he visto un parecido más asombroso.

—Claro que nos parecemos. El señor O'Hara me contrató por eso. Dijo que nunca había visto nada igual.

Avanzó unos pasos por la habitación, mientras Peggy se fijaba en sus ropas baratas y mal cortadas.

—Como es lógico, no iba a dejarme perder un contrato semejante. Hace años que me gano la vida como actor, haciendo pequeños papeles aquí y allí. Y de pronto... ¡y de pronto cincuenta mil dólares por no hacer nada, excepto dejarme cuidar y vivir en una casa que al fin y al cabo no está mal del todo!

Peggy estuvo a punto de decirle que aquellos cincuenta mil dólares eran para dejarse matar, pero calló. Al fin y al cabo... ¿qué importaba ahora?

Ricky Saxon prosiguió:

—Naturalmente, vine aquí en la fecha convenida. Usted me había dado por teléfono la dirección de la casa, de modo que me presenté aquí. Me extrañó no encontrarla. No es difícil entrar por estas ventanas tan viejas. Busqué una que fuera poco resistente y me introduje en la casa. ¡Uf! Todo desamueblado excepto esta habitación, donde hay una vieja cama y dos butacas que debieron pertenecer al monstruo de Frankenstein... aunque no sé si el monstruo de Frankenstein dormía en cama...

—No bromee con eso.

—¿Le da miedo hablar de tonterías? Bueno, dejémoslo. La encuentro un poco extraña. ¿Puede contestarme a una pregunta?

—Dígame de qué se trata.

—Usted me ha confundido con el señor O'Hara, su jefe. Bueno, ¿y qué? ¿es que ese señor le da tanto miedo?

Peggy cerró los ojos un momento y luego volvió a abrirlos, mientras suspiraba nuevamente.

—El señor O'Hara fue asesinado anteayer.

—¿Qué?

—No me diga que no lee los periódicos...

—No. Estos días no he leído ningún periódico. ¡Diablos! Pero sigo sin entender su miedo. ¿Por qué ha pensado que él podía estar aquí?

—Al verle ahí, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho... ¡Menuda impresión!

Ricky se mordió el labio inferior.

—Siento haberle dado un susto.

—No se preocupe. Yo le voy a dar otro a usted.

—¿Un susto a mí?

—Puesto que el señor O'Hara ha muerto, ya no son necesarios sus servicios. Se le indemnizará debidamente, pero el plan que el señor O'Hara le propuso ya no tiene objeto.

Peggy vio que las facciones del hombre se tensaban. Sus ojos pequeños y duros despidieron fuego durante unos instantes.

—Ah, no... ¡Yo iba a ganar cincuenta mil dólares y eso significaba la oportunidad de mi vida! El señor O'Hara me dijo que se me pagaría «pasase lo que pasase». Él no tenía que acercarse por aquí ni íbamos a tener contacto alguno mientras durara mi permanencia en esta casa. ¿Quiere decirme qué importa que él haya muerto? ¡Él iba a pagarme cincuenta mil dólares por estar aquí! ¡Pues aquí me quedo!

Peggy apretó los labios.

—El señor O'Hara no le firmó ningún documento. Y si este asunto va a los tribunales...

—¿A los tribunales? ¡Claro que irá! Yo no tengo un documento firmado, pero si ese señor quiso traerme aquí con alguna intención poco clara, todo va a salir a relucir. Puede que a él ya no le importe en el otro mundo, pero su nombre va a quedar por los suelos.

Peggy reflexionaba velozmente. ¡Aquello no convendría a los intereses de la firma! A su modo, Ricky tenía razón.

—Consultaré con el señor Hamilton...

—¿Quién es ese?

—El apoderado del señor O'Hara y mi jefe inmediato.

—Está bien.

—Pero usted cumplirá su compromiso al pie de la letra. No va a salir de aquí durante un mes entero. Mañana regresaré con provisiones y ropa. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando Peggy salió a la calle, no pasaba nadie por esta. La niebla lo envolvía todo.

Camino del hotel, oyó a su espalda, sobre el húmedo pavimento, el ruido de las botas claveteadas que ya oyera la primera noche.

Peggy echó a correr y se encerró en su habitación del hotel, sintiendo que le faltaba el aire. Estaba terriblemente asustada.

CAPITULO 4

A

la mañana siguiente, muy temprano, el teniente Parker, que era quien había hecho las primeras diligencias en el caso O'Hara, se presentó en el hotel de Vernonside, y despertó a Peggy.

La muchacha estaba ojerosa y pálida, pues había logrado conciliar el sueño justo dos horas antes.

No se alteró mucho al ver allí al teniente Parker. Más bien sintió un secreto alivio.

—¿Qué le trae por aquí, teniente?

—He venido desde New York para corregir un fallo que tuve en el primer momento. Obsesionado por la desaparición del cadáver de Walter O'Hara no presté la debida importancia al dato de la cicatriz del presunto asesino, que usted había mencionado en el primer momento.

Extrajo un abultado sobre de su cartera de mano y lo depositó sobre la cama.

—Aquí tiene las fotografías de todos los delincuentes marcados por cicatrices que figuran fichados en los archivos de la policía.

—¿Quién le ha dado mi dirección, teniente?

—El señor Hamilton, como es natural.

—Ay, ya... Creo que no podré ayudarle mucho, teniente. Solo vi la cicatriz, pero no me fijé en el rostro.

—De todos modos mire las fotos.

Peggy miró con atención todas aquellas fotos. Desalentada hubo de reconocer que ninguno de aquellos rostros le recordaba absolutamente nada.

—Lo siento. En realidad, creo que me fijé más en el rostro horrible del señor O'Hara. Compréndalo, estaba asustada...

El teniente fue guardando las fotografías.

—No se preocupe, estamos acostumbrados. De todos modos agradezco su ayuda.

—¿Qué saben sobre la desaparición del cadáver?

—Nada, absolutamente nada...

Parker daba la sensación de estar desorientado o de querer hablar poco, pero Peggy insistió:

—¿Y han averiguado algo sobre los motivos que pudieron existir para asesinar al señor O'Hara?

—Quizá usted pueda ayudarnos en eso.

—Yo había entrado hace muy poco a trabajar en la empresa. Si el millonario Walter O'Hara tenía enemigos, lo ignoro, aunque supongo que debía tenerlos. No creo que lo hayan matado para robarle...

—No lo creo. De todos modos. ¿Cuál es su impresión?

—No tengo ninguna, teniente.

Él se pellizcó el labio inferior.

—Si al menos pudiéramos examinar el cadáver, para estudiar las causas de la muerte y la técnica empleada por el asesino... Pero por ahora no hay modo de lograrlo. El único modo sería consultando a un adivino.

—¿Qué?

—Es una broma. Viniendo para acá vi un rótulo en el que se anuncia una adivina: madame no sé qué. Y se me vino a la memoria.

—¿Y por qué no le consulta?

—¿Quiere que me echen de la policía? Sería el hazmerreír de todos mis compañeros si se me ocurriera consultar a una de esas adivinas baratas...

Se puso el sombrero, que se había quitado cortésmente al entrar.

—Bueno, siento haberla molestado. ¿Hasta cuándo voy a encontrarla aquí, si es que la necesito de nuevo?

—No lo sé exactamente... Tengo que consultar algo importante con el señor Hamilton... Él se lo dirá.

—*Okay*. Y gracias nuevamente, señorita.

—De nada.

Cuando el teniente Parker hubo salido, Peggy quedó hundida en un mar de confusiones.

Ni siquiera la ducha fría, que normalmente la despabilaba, logró hacerlo esta vez. Cuando se vistió para bajar a desayunar, estaba más aturdida que antes.

* * *

Una vez en la calle, compró algunas provisiones conforme había prometido a Ricky. Supuso que este estaría furioso y hambriento, pero no se dio prisa. Había sido un hombre poco razonable y con el que no le gustaba tratar. Además, se dio la circunstancia de que el autoservicio donde compró los géneros estaba enfrente del rótulo que decía: «Madame Olga»

Peggy veía el rótulo a través de la calle gris, detrás de los cristales del

autoservicio. Y también leía, junto al exótico nombre, una serie de especialidades como adivinación del porvenir y un montón de cosas más.

La muchacha se encontró buscando el piso y el número del apartamento sin darse ni siquiera cuenta.

También casi sin darse cuenta se encontró llamando a la puerta correspondiente, en la primera planta, al fondo del rellano.

—¿Madame Olga?

La mujer que la abrió la puerta era sin duda la persona que ella iba buscando. Enormemente gruesa, excesivamente maquillada, con la teñida cabellera rubia convertida en una montaña de rizos inverosímiles, sus ropas, sus joyas de bisutería y, finalmente la larguísima boquilla en cuyo extremo se sostenía un cigarrillo, hacía de ella un personaje irreal, más adecuado para intervenir en una película de Federico Fellini que para vivir en un lugar como Vernonside.

—¿Qué desea?

—Usted debería saberlo. ¿No es adivina?

La gorda no dio muestras de entender el chiste, pero tampoco se molestó. Abrió la puerta del todo y se hizo a un lado para que pasara Peggy.

El interior del apartamento era como la continuación de madame Olga. Se entraba directamente al saloncito, que hacía las veces de coquetona sala de espera para los clientes. Más allá se comunicaba con otra habitación a través de unas cortinas de abalorios, que tintineaban cada vez que alguien las movía.

Peggy siguió a madame Olga hasta la habitación. Allí había una mesa redonda cubierta con un grueso mantel y la clásica bola de cristal sobre ella. Por todos los rincones se veían animales disecados.

Peggy hubiera sonreído divertida, pero prefirió no hacerlo.

Se sentaron una frente a la otra, con la bola de cristal en medio.

—Y ahora, señorita, en serio: ¿Qué desea?

—Quiero que usted me indique el paradero de un cadáver.

—¿De un cadáver fresco?

—¿Qué?

—Quiero decir si se trata de un cadáver reciente. En esos casos es más fácil, porque su magnetismo aún flota cerca de nosotros.

Peggy arqueó las cejas.

—Es un cadáver fresquísimo. Se trata del cuerpo de Walter O'Hara, famoso millonario de Nueva York, asesinado recientemente.

—He leído los periódicos. Esa misión incumbe a la policía, señorita. No a mí.

—Verá, le explicaré: yo tenía un importante trabajo que cumplimentar por cuenta del señor O'Hara. Han surgido grandes complicaciones a causa de su muerte, que podrían resolverse si apareciera su cadáver. ¿Me

entiende?

—¿No le guía a usted ningún interés personal o material en esa macabra búsqueda?

—¡Oh, no!

—En tal caso la ayudaré, aunque no puedo garantizarle nada. Todos los datos personales del señor O'Hara han aparecido en los periódicos, de modo que tengo ya, en principio, una buena base para trabajar. Ahora necesitaré algún objeto que hubiera pertenecido al difunto.

—¿Puede servir un sobre que me entregó con algún dinero para los gastos que iba a ocasionar mi trabajo? Está escrito de su puño y letra.

—Tal vez. Muéstremelo.

Peggy entregó el sobre, dejando incluso el dinero. La mujer lo husmeó varias veces.

—Creo que servirá. Cuando pueda decirle algo le devolveré sobre y dinero. ¿Sabe cuánto hay?

—Trescientos dólares.

—Vuelva hacia el mediodía. Y ahora déjeme sola, por favor.

Peggy, aturdida, se puso en pie, y caminando de espaldas atravesó la cortina de abalorios, saliendo luego del apartamento.

¿Estaba loca acudiendo a una extravagante médium como aquella?

Una vez en la calle todo pareció esfumarse, dejándole la sensación de que acababa de vivir una pesadilla.

* * *

Fue a la casa, que de día tenía un aspecto mucho menos siniestro, y dejó las provisiones junto a la puerta, así como algunos periódicos. No tenía el menor deseo de hablar con Ricky Saxon, y dio por descontado que este ya recogería el paquete en cuanto lo viera por alguna de las ventanas.

Tampoco tenía ganas de hablar con Bascomb. Además, necesitaba antes consultar con el señor Hamilton. Fue al hotel y pidió conferencia telefónica con New York.

Poco después hablaba con el señor Hamilton, a quién expuso lo ocurrido con Ricky Saxon.

—No quiere abandonar la casa. Me produce la sensación de ser un aventurero dispuesto a todo, y si no se sale con la suya armará un escándalo a costa del buen nombre del difunto señor O'Hara. No sé hasta qué punto podemos exponernos a una cosa así.

Hubo un silencio, mientras al otro lado del cable parecía reflexionar el cuidadoso señor Hamilton.

—Tiene usted razón, Peggy, y ha hecho muy bien. Ese hombre nos tiene un poco en sus manos, después de todo. ¿Le importa seguir con el

plan como si el señor O'Hara viviera?

—No me hace mucha gracia seguir aquí, pero...

—Sabía que podía contar con usted, Peggy. Se le recompensará en debida forma.

—Gracias.

—En cuanto a la casa... En cierto modo hubiera sido mejor alquilarla, pero en una casa alquilada los propietarios y los administradores molestan demasiado. Por otra parte, estoy pensando que la compra de esa casa no es mala inversión. Con los años, los terrenos aumentarán de valor ahí.

—Entonces, ¿no le digo nada al corredor?

—No. Espere a que la avise para firmar la correspondiente escritura. ¿Necesitará dinero?

—Todo cuanto necesite se lo pediré, si usted me lo permite.

—¿Cómo no, muchacha? Adiós y buena suerte.

—Adiós, señor Hamilton.

* * *

Aguardó hasta el mediodía paseando por las calles de la pequeña ciudad, que eran de lo más insulso y aburrido que había visto nunca. Luego fue a ver a madame Olga.

Esta le abrió la puerta y luego la precedió hasta la mesa donde permanecía la bola de cristal. Peggy se sentó en el borde de una silla, como antes.

—¿Ha descubierto algo?

—Sí. Escuche. El cuerpo del señor Walter O'Hara se encuentra en un punto de la costa atlántica que no es propiamente el circuito urbano de New York. Eso es cuanto he podido precisar.

—No es mucho. Aun cuando reconozco que saber que el cuerpo no se halla en New York ya es dar un paso.

—Tampoco he querido decir que se halle precisamente en una población de la costa.

Podría estar en una pequeña ciudad situada algo más al interior, como por ejemplo esta.

Peggy se estremeció.

—¿Esta?

—Ha sido solo un ejemplo.

—Entiendo...

—En la localización, pues, no he avanzado mucho, pero no obstante he descubierto que el magnetismo del desaparecido señor O'Hara se halla ligado a algunos objetos, cerca de los cuales se encontrará forzosamente. Es decir, si diéramos con alguno de esos objetos, sabríamos dónde está él.

Peggy tragó saliva.

—Y esos objetos... ¿son muy complicados?

—En cierto modo. Mire, jovencita.

Madame Olga puso sobre la mesa un papel donde había trazado varios extraños dibujos.

—¿Ve esto? El primer objeto es una flor de lis.

—¿Una flor de lis?

—Eso es. Nada en el mundo es absolutamente extraño, señorita. Usted, con el tiempo, llegará a aprender eso.

Peggy no se atrevió a hablar. Ella no se daba cuenta, pero sus labios estaban apretados y sus facciones contraídas.

—El segundo objeto es algo más complicado. Es un dragón. Fíjese bien.

Peggy se estremeció otra vez, no supo bien porqué, y sintió que el frío le llegaba hasta la médula.

—¿Un dragón? Eso es absurdo. No creo que haya dragones en la costa atlántica, ni en ningún otro lugar del país o del mundo...

—Podría ser una estatua representando un dragón.

—Sí, claro...

—Aún hay un tercer objeto.

Peggy hubiera querido mantenerse serena, pero veía con vergüenza como las manos le temblaban encima de las rodillas. Madame Olga dijo:

—El tercer objeto es bien sencillo y puede encontrarse en cualquier parte. Se trata de una navaja barbera.

—Le juro que... no entiendo nada.

—Pues es cuanto puedo decirle. Pretender ahondar más, sería inútil. Tome su sobre del que he retirado veinte dólares en concepto de honorarios. Y ahora váyase.

La voz de madame Olga era áspera, seca. Parecía llegar desde detrás de un muro de tinieblas.

Peggy se puso en pie y, como antes, retrocedió de espaldas hasta la puerta.

CAPITULO 5

R

ICKY, cuando ella abrió la puerta, dijo roncamente:

—¿Le parece bien lo que ha hecho? ¿Soy una especie de prisionero o qué?

—Le he dejado provisiones y periódicos junto a la puerta. No sé qué otra cosa podía hacer.

Ricky, que la había estado esperando en el vestíbulo, paseó nerviosamente con las manos en los bolsillos, mientras por las ventanas entraba ya la luz violeta del crepúsculo.

—Esperaba que usted me diera instrucciones. ¿Dónde ha estado durante todo el día?

—Por ahí...

—¿Por ahí? No creo que la ciudad ofrezca muchas distracciones.

Peggy dijo con cansancio:

—En fin, no se preocupe. Ya sabe que no va a faltarle nada de lo necesario. He hablado con el señor Hamilton y creo poder asegurarle que se ha salido usted con la suya. Va a estarse aquí el tiempo convenido y cobrará sus cincuenta mil dólares.

—¡Vaya! Veo que, al menos, son inteligentes.

—Simplemente somos respetuosos con la memoria del señor O'Hara y no queremos que este asunto se airee.

Introdujo la mano en su bolso y depositó sobre una repisa del vestíbulo un pequeño objeto.

—Le he traído también una radio a transistores. No me es usted simpático, pero tampoco quiero que se muera de aburrimiento.

Él sonrió mostrando sus dientes.

—Okay, gracias. ¿Pero me explicará un maldito día qué hago aquí?

—Ya se lo dije anoche: ahora, nada. El señor O'Hara lo necesitaba cuando estaba vivo, no ahora que está muerto. Sin embargó, procederemos como si él existiese... Y no me sacará una palabra más. Buenas noches.

—¿Es que va a irse?

Ella le miró con expresión lejana, como si el hombre estuviera a docenas de millas de distancia.

—¿Necesita algo?

—De momento no. Pero traiga mañana un poco de ropa limpia para aquella cama, y contrate una mujer que adecente un poco todo esto. ¡Maldita y condenada casa! ¿Es que no se ha dado cuenta de que esto es un panteón?

—Lo siento, pero yo no puedo variar la casa. De todos modos, haré lo que me pide.

—¿Así que se marcha?

—Solo quería saber cómo estaba y si necesitaba alguna cosa.

—Ya se lo he dicho. Bueno, también hay algo más.

—¿Qué?

—Una botella de licor. Lo ha olvidado usted en el paquete de provisiones. Las horas se hacen más largas si uno no echa un trago de vez en cuando.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué prefiere?

—Whisky.

—Está bien. Buenas noches.

Peggy salió de la casa.

La noche ya había caído sobre la ciudad, y por la calle que había enfrente de la verja avanzaba la niebla como si fuese algo dotado de vida. Las luces de la pared lateral del hotel, al fondo, parecían encontrarse a millas y millas de distancia.

—Peggy decidió irse a dormir enseguida. No sabía por qué, pero tenía los nervios deshechos y necesitaba descansar.

Abrió la monumental puerta de la verja y otra vez escuchó el rumor que producían las botas claveteadas al avanzar entre la niebla.

Esta vez se detuvo. Sus ojos examinaron fríamente la figura alta, vestida de negro, que había aparecido a un lado de la reja exactamente igual que si brotara de la noche.

Como la otra vez.

Peggy procuro no pensar en nada, procuró que aquel temblor que sentía cerca de la columna vertebral se fuera extinguendo por sí mismo.

—Buenas noches.

—¿De dónde ha salido usted? Una noche le vi y otra me siguió, pero siempre cuando ya habían caído las sombras. ¿Es que jamás se le ocurre salir de día?

Lanzó una risa breve.

—¿Es que me ha tomado por un vampiro?

Peggy no creía en vampiros recién salidos de sus tumbas, pero el mundo en que estaba sumergida la trastornaba por completo.

—Yo no pienso nada. Pero, ¿por qué aparece solo durante las noches? ¿Qué quiere? Y, ¿de dónde sale ahora?

—De por ahí...

—No hay ninguna calle lateral. Parece como si usted se hubiera despegado de la verja, o como si hubiera surgido de los sótanos de esta casa. Ahora que recuerdo, tampoco hay sótanos. ¿De dónde sale?

—Quizá del cementerio. ¿Fue a verlo?

—Sí.

—Tétrico, ¿verdad?

—¿Hay algún cementerio que no lo sea?

—Algunos son como jardines. Pero este es un cementerio triste, un cementerio que se parece a una fábrica.

—¿No se siente a gusto en él?

Sin darse cuenta, Peggy estaba hablando con naturalidad de cosas que en otro momento le hubieran puesto los pelos de punta. Sin ella advertirlo, aquel clima la trastornaba, la variaba por completo.

—¿De veras me toma por un resucitado? Es curioso. ¿Qué edad me atribuye? ¿Doscientos años? ¿Trescientos?

—¿Vamos a hablar en serio?

—Eso es lo que pretendo.

—Usted debe tener unos veinticinco años. Va vestido como un trabajador, pero no lo es.

—¡Vaya! Es usted observadora...

—Buenas noches.

Peggy dio media vuelta y se alejó a lo largo de la calle, que ya estaba del todo invadida por la niebla.

—Oiga...

Ella no contestó.

Por un momento oyó las botas claveteadas avanzando a su espalda, pero enseguida aquellas botas se detuvieron. Peggy apretó los labios mientras sentía sobre ella una angustia desconocida, asfixiante.

Hubiera querido correr, gritar, pero logró mantenerse serena hasta entrar en la zona de luces del hotel.

Más allá, en la zona a donde las luces no llegaban, o sea toda la calle a cuyo fondo estaba la casa, parecía como la entrada de un mausoleo.

Penetró en el hotel sin mirar atrás.

El conserje la saludó con una inclinación de cabeza. Pero ella ni siquiera reparó en él. Caminó como una sonámbula hacia el bar. Necesitaba tomar una copa.

Y fue en el pequeño vestíbulo interior que conducía al bar, donde nunca había estado antes, donde se encontró de bruces con aquel retrato.

—Oiga... ¿quién... es?

El conserje salió de su mostrador y se acercó a ella.

—¿Me llamaba usted, señorita?

Peggy señalaba al retrato.

—¿Quién es?

—Ah, eso... Es un retrato del señor Caldwell. Uno de los benefactores de Vernonside. El más generoso. Por eso tenemos su retrato ahí.

—¿Dónde... vive?

—No vive. Murió. Vivía en esa casa que usted ha comprado.

Peggy se sintió desfallecer.

—¿Murió? No... no puede ser...

—¿Le pasa algo, señorita? ¿No se encuentra bien?

—No... no es nada.

Ella se quedó allí, como petrificada, contemplando el retrato de aquel señor Caldwell, el benefactor más generoso de Vernonside.

El conserje volvió a su mostrador.

Peggy siguió allí. Porque el retrato que tenía ante los ojos representaba, aunque vestido de otro modo, al hombre con el que había estado hablando justo unos minutos antes.

* * *

Peggy subió a su habitación y se metió en la cama.

Estaba tan agotada como si hubiera realizado largas horas de marcha. El corazón le hacía daño. Pocas veces a lo largo de su vida había llegado a sentirse peor.

Estuvo leyendo hasta bien entrada la noche. Entonces se durmió.

Su sueño fue pesado, angustioso, y estuvo surcado de pesadillas donde era imposible distinguir lo real de lo puramente soñado.

Por eso no despertó cuando un chasquido sonó a poca distancia de ella, en la puerta de su habitación. No despertó tampoco cuando aquella puerta fue empujada desde el exterior, abriéndose lentamente. Un hombre alto, delgado, con una cicatriz cruzándole la mejilla, entró en la habitación.

No era joven, pues debía tener ya unos cincuenta años. Sin embargo, se conservaba fuerte y ágil. Tenías las muñecas gruesas y las manos grandes. En una de estas manejaba una navaja barbera.

Las facciones de aquel hombre no denotaban ninguna emoción, ningún sentimiento.

Alzó la navaja con suavidad, dispuesto a asestar el golpe.

El anuncio de neón del hotel se encendía encima de la ventana, molestándole en los ojos. La navaja barbera tembló en su mano derecha.

Y fue aquel segundo de vacilación, de duda, lo que salvó la vida de Peggy. Fue aquel instante lo que permitió a la muchacha abrir uno de los

ojos, despreciándose, mientras la luz de neón se encendía encima de su ventana.

Vio la navaja rebrillar encima de sus ojos, mientras la cicatriz del hombre se hacía visible. Lanzó un gemido, mientras el hombre la miraba también.

La navaja barbera descendió velozmente, trazando un círculo para anticiparse al movimiento de Peggy. Pero esta era joven y ágil y tenía unos reflejos más veloces que los de aquel asesino de cincuenta años. La navaja rasgó parte de la almohada, junto a la cabeza de Peggy, mientras esta se apartaba.

Un segundo después había saltado del lecho.

El intruso lanzó otro golpe, pero ahora a la desesperada, porque la cama se interponía entre los dos. Rozó el brazo izquierdo de Peggy, mientras esta saltaba hacia la ventana.

Todo esto había sucedido en menos de diez segundos y en un espantoso silencio, sin que desde las otras habitaciones del hotel pudiera advertirse nada.

Aquellos dos seres, distanciados por solo un metro, se contemplaron absortos mientras la luz de neón se encendía y se apagaba como en una muda pesadilla. Las manos de Peggy, crispadas, arañaron el marco de la ventana.

El asesino se dio cuenta de que ella gritaría en cuanto se acercase, y además podía romper los cristales de la ventana con la espalda, ocasionando un gran estrépito. En esas condiciones le sería casi imposible escapar cuando le hubiera seccionado la garganta. Sus dientes entrechocaron.

Con una mueca de rabia impresa en el rostro, retrocedió poco a poco hasta la puerta, abriéndola lentamente con la mano izquierda mientras con la derecha guardaba la navaja barbera. Musitó roncamente:

—Si habla lo pagaré. Si dice una sola palabra de esto, le juro que la mataré.

Un segundo después había desaparecido.

Peggy, sujetándose con ambas manos el seno izquierdo, para contener los latidos alocados de su corazón, cayó sobre el lecho sin sentido, notando que todo se desvanecía.

El hombre de la cicatriz bajó las escaleras de cuatro en cuatro, con el silencio y la agilidad de un gato.

* * *

—Aunque le parezca increíble, voy a vivir aquí.

El hombre la miró incrédulo, mientras removía las manos dentro de los

bolsillos. Ricky había adelgazado un poco en aquellos días. La inesperada proposición de Peggy pareció dejarle sumido en un mar de confusiones.

—¿Cómo se le ha ocurrido tal idea?

—No puedo quedarme en el hotel. Anoche intentaron degollarme.

—¿Qué?

—Sí. Un hombre horrible, con una cicatriz en la mejilla.

—¿Ha puesto lo ocurrido en conocimiento de la policía?

—No.

—¿Por qué no?

—Por una serie de razones que no vienen al caso. ¿A usted le interesaría que lo hiciera?

Ricky dio unos pasos por la habitación nerviosamente, como parecía ser su costumbre. Arrugó el ceño.

—Bueno... tal vez no. He tenido mis pequeños tropiezos, como todo el mundo, y lo mejor es alejarse de las complicaciones. ¿Dice usted que el fulano tenía una cicatriz?

—Sí.

—¿Y qué más sabe de él?

—Es el mismo hombre que se llevó el cuerpo del señor O'Hara. Entonces no pude verle con claridad, pero anoche sí. Tiene que ser el mismo, estoy segura.

—¿Sabe que entonces las cosas resultan bastante más complicadas de lo que parece?

—Ya lo comprendo, pero de todos modos insisto en no llamar a la policía. Si algo hay que resolver, lo resolveré yo sola.

Ricky lanzó una carcajada.

—Esto tiene gracia... Están a punto de seccionarle su linda garganta y aún busca más complicaciones. Bueno, allá usted. Yo ya sabe lo que quiero mientras permanezca en esta casa.

—He hecho comprar un diván, y lo colocaré en una habitación donde la puerta sea sólida y donde haya rejas en cada ventana. ¿Le importa?

—¡Oh, no! Viviendo usted aquí, al menos estaré mejor atendido. ¿Cuándo traen el diván?

—Supongo que no tardarán.

Efectivamente, en aquel momento llamaron a la puerta. Dos hombres aparecieron en el umbral, cargados con un diván, cuando Peggy abrió. Más allá de la verja aguardaba una furgoneta cargada con ropas y mantas.

—¿A qué habitación lo subimos?

Ante la muda interrogación de los ojos de Peggy, Ricky gruñó:

—En el piso de arriba y en la parte posterior hay una habitación como la que usted quiere. Rejas en la única ventana y puerta muy sólida, con cerrojo. Lo único que tal vez no le agrada es la vista.

—Súbanla. El señor les guiará.

La habitación, en efecto, tenía todo lo que Ricky había dicho, y era ideal para refugiarse en ella. Pero, al abrir la ventana, comprendió porqué el hombre había dicho que la vista no le gustaría...

¡Todo el cementerio se distinguía perfectamente desde aquel sitio!

—¿Le gusta?

—¿No hay otra que también tenga rejas en las ventanas y esté situada en distinta parte de la casa?

—No, no la hay.

Los dos transportistas estaban al otro lado de la habitación.

—¿Dónde ponemos el diván?

—Ahí, junto a esa pared. Suban también las ropas, por favor.

Cuando las sábanas y las mantas estuvieron en la habitación, Peggy se hizo rápidamente la cama, sin darse cuenta de que esta quedaba demasiado cerca de la ventana.

Un hombre que tuviera los brazos muy largos podía llegar a ella pasándolos por entre las rejas.

Luego cerró la puerta con llave y se acostó, sin preocuparse más de Ricky.

Hasta medianoche estuvo oyendo, sin embargo, la música de un aparato de radio, que avanzaba hacia ella atravesando murallas de tinieblas.

CAPITULO 6

P

EGGY tardó en dormirse, pero cuando lo hizo la acometió un sueño pesado que parecía un anticipo de lo que ha de ser el sueño de la tumba.

Sonó con dragones, con flores de lis y con navajas barberas, estas manejadas por hombres siniestros que reían y le mostraban cicatrices espantosas en sus rostros patibularios.

¡Dragones! ¡Flores de lis! ¡Navajas barberas!

Y madame Olga mirándola con ojos inyectados en sangre... Debían ser las dos de la madrugada cuando oyó aquello. Los pasos.

Las botas claveteadas avanzaban sigilosamente por la parte trasera de la casa, causando un ruido extraño que parecía transmitirse a través de las viejas tuberías de desagüe.

Peggy alzó la cabeza.

¿Cuántas horas había estado oyendo aquellos pasos?

¿Durante cuántas horas habían estado resonando dentro de su cráneo?

Tuvo la sensación de que se ahogaba, mientras oía los pasos en torno a la casa. Caldwell, o quien fuese, parecía buscar alguna entrada sin encontrarla. Incluso a intervalos se oía el tantear de sus manos sobre los cristales de la planta baja, como si probara su resistencia.

¿Y Ricky?

¿Qué hacía mientras tanto Ricky?

¿Habría oído él también el sonido de las botas claveteadas? ¿O estaría dormido profundamente?

Durante media hora angustiada e interminable, aquellos pasos misteriosos continuaron, hasta extinguirse luego por completo.

Peggy sentía que un sudor frío bañaba sus facciones. Supo que no podría volver a dormirse y que el resto de la noche sería para ella como una horrible pesadilla.

Se puso en pie y maquinalmente abrió su bolso, tragando una pastilla de somnífero de las que siempre solía llevar. Aquellas píldoras le producían un sueño feliz, tranquilo, donde no había lugar para los recuerdos.

Quince minutos después estaba otra vez profundamente dormida.

* * *

Por eso no oyó los pasos del hombre de la cicatriz llegando sigilosamente hasta el borde mismo de la casa.

Por eso no pudo adivinar su mirada inquieta, taladrante, que examinaba las grietas de la pared y trataba de calcular la resistencia del tubo de desagüe.

El hombre de la cicatriz era ágil como un simio y tenía fuerza a pesar de sus cincuenta años. Un vigor fanático, además, parecía dominarle cuando inició su ascensión, apoyando ambas manos en el canalón de desagüe.

Parecía un ser llegado desde más allá de las brumas de otro mundo, desde algún lugar misterioso donde una voz fanática le ordenaba matar.

El tubo crujió.

Los dedos largos y duros de aquel hombre se aferraban como los de un simio a cada relieve de la pared, trepando sin dificultad hasta la ventana enrejada del primer piso tras la cual estaba Peggy.

Su mano derecha se colgó de los barrotes.

Contorsionándose, el hombre quedó firmemente sujeto a la reja, y una vez allí descansó durante unos instantes, dominando su respiración agitada. Gracias a la luz de la luna veía a la muchacha allí, y le costaba creer que todo pudiera ser tan fácil.

Pasó una pierna por entre los barrotes, para sujetarse con ella a la ventana, y tendió las manos.

En la izquierda brilló la navaja barbera, mientras la derecha se tendía suavemente.

La navaja barbera era la misma que había empleado sin éxito la noche anterior en el hotel.

La navaja barbera era uno de los objetos descritos en la predicción de madame Olga...

Con la mano derecha no podía llegar a alcanzar a Peggy, que dormía pesadamente en el diván. Pero en cambio tenía de su lado un factor favorable: los cabellos de la muchacha.

Peggy, que habitualmente se recogía los cabellos sobre la nuca, los había desparramado del todo esta noche. Sus hermosos cabellos negros sobresalían de la almohada y el diván, y estaban al alcance de los dedos del asesino. Este tensó todo su cuerpo.

Los dedos de la mano derecha enredaron los cabellos de la muchacha, tirando de ellos salvajemente.

Peggy exhaló un gemido, pero sin llegar a despertar del todo. Los

efectos del somnífero le impedían distinguir la realidad. Solo sintió que era arrastrada hacia la ventana e intentó incorporarse, pero no pudo. Un vivísimo dolor le hizo repetir su grito. El asesino tiraba con todas sus fuerzas, arrastrándola hacia él, mientras con la mano izquierda levantaba la navaja. Fue eso, como la noche anterior, lo primero que vio Peggy.

Bruscamente el sueño se desvaneció, mientras todos sus músculos se contraían. Ya que no podía mover la cabeza movió todo el cuerpo, saltando del diván, mientras el asesino la mantenía materialmente colgada por los cabellos.

Peggy no pudo desasirse.

Había esquivado el primer tajo, el que iba dirigido a su garganta, pero estaba otra vez a merced del asesino. Este tenía el cuello al alcance de su mano izquierda. Solo le era necesario asestar un fuerte golpe lateral para degollarla.

La navaja rebrilló. Peggy cerró los ojos mientras pensaba en lo absurdo de aquella muerte, mientras se estremecía ante el frío horror de aquel final sin sentido.

¿Por qué querían matarla?

¡Cielos! ¿Por qué?

La navaja vino hacia ella.

Y en aquel momento, abajo, al pie de la casa, sonó el disparo.

Fue como un taponazo de un revólver de pequeño calibre, y no debió oírse mucho más lejos de la casa. La bala restalló en los barrotes, junto a la cabeza del hombre de la cicatriz, mientras todo el cuerpo de este se contorsionaba con violencia.

Su mano izquierda soltó la navaja mientras la derecha soltaba a Peggy. Con la agilidad de un simio, y aun exponiéndose a romperse una pierna, se dejó caer al suelo. Un nuevo disparo rebotó en la pared, junto a la ventana.

Peggy se puso en pie, con una sensación de vértigo, y cayó sobre los barrotes. Llegó a tiempo de ver, abajo, al asesino, que tras recoger su navaja se perdía entre los arbustos del jardín con la velocidad de un gamo.

El fugitivo tuvo la suerte inmensa de que en aquel momento unos nubarrones cubrieran la luna, con lo que el jardín quedó sumido en espesas sombras durante unos minutos.

El hombre que estaba abajo, con un revólver humeante en la derecha, no se atrevió a disparar de nuevo. Aquel hombre era Ricky.

Peggy se puso maquinalmente una bata y abrió la puerta, descendiendo a la plata baja. Vio a Ricky entrar por la puerta posterior, llevando todavía el revólver en la mano derecha.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién era ese?

Peggy permaneció unos momentos atónita, sin fuerzas para contestar. Todo lo ocurrido había sido demasiado brutal y demasiado brusco.

Además, no lo comprendía.

—Ese tipo, ¿acaso era el mismo de la otra noche?

—Sí.

—¿El que se llevó el cadáver del señor O'Hara?

—Sí.

—Pues siento no haberle alcanzado.

—¿Cómo me salvó? ¿Cómo llegó a darse cuenta de lo que sucedía, Ricky?

—Yo estaba despierto y oí sus gemidos. Como duermo a ratos durante el día, no puedo pegar ojo por las noches. Guiado por el ruido, fui a la parte posterior de la casa y vi al fulano. No era difícil suponer lo que estaba haciendo, de modo que disparé. Pero no tengo buena puntería.

—Mejor.

—¿Mejor? ¿Está loca? Ese tipo repetirá su hazaña.

—No lo hará más. Ahora estoy dispuesta a avisar a la policía.

Ricky la miró con interés.

—No comprendo cómo alguien puede pensar en matarla...

* * *

Peggy oyó repiquetear el teléfono al otro lado del cable, en la silenciosa oficina de New York.

—Dígame.

—¿Puedo hablar con el señor Hamilton?

—Un momento...

Se oyó el chasquido de una conexión, y al cabo de un instante la voz de Hamilton.

—¿Qué hay, Peggy?

—Han intentado matarme.

—¿Qué?

—Dos veces.

—Pero, ¿quién? Supongo que habrá avisado a la policía...

—No, no lo he hecho por una serie de razones que quiero explicarle personalmente, señor Hamilton. Pero ha sido el mismo hombre que vimos llevarse el cadáver del señor O'Hara.

—Pero... pero eso es increíble.

—Increíble o no, quiero que venga a Vernonside, señor Hamilton, y solucione este asunto de Ricky Saxon. Yo ya estoy al borde de la locura.

—No puedo.

—¿Cómo que no puede?

—La empresa tiene graves dificultades financieras, Peggy. No puedo abandonar la oficina en estos momentos.

—Eso es imposible. Nunca vi nada tan sólido como la empresa del señor O'Hara.

—Solo en apariencia, muchacha. Hay una verdadera montaña de créditos sin pagar, cuyo importe nadie reclamaba precisamente por la confianza que inspiraba el difunto señor O'Hara. Pero ahora es distinto. Muerto él, ha cundido el pánico. Todo el mundo quiere cobrar, y nos hemos encontrado con sorpresas enormes. Hay millones... ¡millones...! de dólares en pequeños créditos que creíamos pagados ya, y en realidad no lo están. Tratamos desesperadamente de averiguar quién engañó al señor O'Hara. El cajero ha sido provisionalmente detenido... Y no sigo hablando más porque pueden oírnos, Peggy. Iré a Vernonside en cuanto pueda.

Ella musitó:

—No podré aguantar todo esto, señor Hamilton.

—Está bien. Déjelo todo colgado y vuelva. Le haré una transferencia de cincuenta mil dólares para que pague a Ricky Saxon y termine de una vez con este desgraciado asunto.

—Gracias.

Y colgó suavemente.

* * *

Una transferencia de cincuenta mil dólares no podía llegar en un solo día a la pequeña ciudad.

Peggy pensó, pues, que tendría que aguantar allí unas veinticuatro horas más antes de poder alejarse para siempre.

Encontró a Ricky tumbado en su cama, fumando un cigarrillo y escuchando música en la radio a transistores.

—No va a ser necesario que se quede usted aquí todo el tiempo, Ricky. Dentro de un día a lo sumo recibiré una transferencia de cincuenta mil dólares y podré pagarle. Cerraremos esta casa y usted se irá libremente a donde le plazca, mientras que yo regresaré a Nueva York. No sabe lo ansiosa que estoy de que llegue ese momento.

—Yo, en cambio, lo sentiré.

Peggy lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

—Me estaba acostumbrando a esta soledad y a este ritmo de vida. Al principio, esto me pareció horrible, pero ahora me voy centrando. ¿Quiere creer que nunca he vivido con una tranquilidad semejante? Como cuando me apetece, leo los periódicos, escucho la radio...

—Y de paso gana dinero, ¿verdad?

—Usted puede no creerme, pero a veces llego a olvidar que esto me proporcionará una pequeña fortuna.

Peggy se encogió de hombros.

—En fin, allá usted y su extraño modo de ser feliz, pero estoy decidida a que esto dure poco, y el señor Hamilton también. Me ha dado permiso para que regrese a New York. Por cierto, dormiré en la misma habitación, pero poniendo el diván bien lejos de la ventana.

—Antes saldrá a comprarme los periódicos, ¿no? Los venden a poca distancia de aquí.

—¿Por qué no sale usted mismo? Conviene que le dé el aire de vez en cuando.

—Lo que conviene es que la gente no me vea demasiado. De todos modos, si no quiere ir...

Peggy se encogió de hombros. No le desagradaba la idea de estar unos minutos más fuera de aquella casa. Ir a comprar los periódicos era un pasatiempo tan bueno como cualquier otro. Salió.

En un pequeño puesto de tabaco se expendían los periódicos de New York. Peggy compró dos de ellos junto con un paquete de cigarrillo.

Luego dio un largo paseo antes de regresar a la casa.

* * *

—Aquí tiene los periódicos.

Ricky les echó una ojeada.

—¿Dicen algo interesante?

—No lo sé. No los he mirado.

—¡Ah! Se me olvidaba. Ha estado aquí un tal señor Bascomb.

—Es el corredor a través del cual compramos esta casa. Le vi cuando estuvimos firmando la escritura y no me dijo que quisiera visitarme. ¿Qué quería?

Ricky hizo un gesto en el aire, como si espantase una mosca.

—¡Bah, una tontería! Ya sabe cómo es la gente de estas pequeñas ciudades. Se entretienen inventando cosas. Dijo que creía su obligación advertirla a usted. Lo curioso es que el tipejo ha esperado a hacer eso cuando ya tiene la comisión en el bolsillo.

—¿Advertirme? ¿De qué?

—Bueno... no creo que tenga mucha importancia. Dice que no se quede sola aquí.

—¿Por qué no?

—Porque dice que en esta casa hay tumbas. ¿Será estúpido el tipo?

Peggy dominó, con una extraordinaria sangre fría, el temblor de sus párpados.

—Nunca me han dado miedo los muertos.

Ricky lanzó una seca carcajada.

—Es que, según Bascomb, en una de esas tumbas hay una mujer. Y algunas noches esa mujer llora.

CAPITULO 7

P

EGGY se desnudó y se acostó sin tomar esta vez una tableta de somnífero, pues quería mantenerse alerta por si algo ocurría.

Una hora después estaba dormida, sin apercibirse de que había dejado encendida la luz de la habitación.

Aquella ventana iluminada fue como un faro, como una señal en la noche, cara al cementerio de la pequeña ciudad.

Los murciélagos surgieron de entre los viejos muros y revolotearon junto a los cristales, chocando con ellos. Pero Peggy no se dio cuenta. No se dio cuenta de nada hasta que, hacia las dos de la madrugada, despertó bruscamente.

* * *

Al principio no se dio cuenta de donde estaba. Era por los golpes. Por aquellos golpes lentos, pausados, como si alguien estuviera trabajando con su azadón junto a las paredes de la casa.

Vio la luz suspendida sobre su cabeza y entonces se dio cuenta de su situación. Miró a su alrededor, cerciorándose de que no había nadie. Los murciélagos revoloteaban junto a los cristales, pero la ventana y la puerta estaban cerradas. No había nadie.

Sin embargo, los golpes seguían filtrándose por todas las rendijas, parecían formar parte de la casa misma. El tubo de desagüe los repetía sordamente. Era alguien que golpeaba con un azadón, como si abriese lentamente una tumba. ¡Como si abriese una tumba! ¿Su tumba? Peggy se puso en pie.

Apagó la luz, para que nadie pudiera verla moverse a través de la ventana, y a tientas se vistió cómo pudo. Intentando dominar los latidos angustioso de su corazón, abrió la puerta y salió al vestíbulo superior.

Desde lo alto de las escaleras, apoyada en la barandilla, miró el vestíbulo inferior y la gran puerta de bronce.

Todo estaba silencioso y vacío, pero los golpes repercutían a intervalos en cada rincón de la casa.

Peggy apretó los labios. Descendió a la planta baja.

La puerta de la habitación de Ricky estaba cerrada, pero había otras muchas puertas que ella no sabía dónde daban, y que no recordaba haber visto abiertas ni el día en que Bascomb le enseñó la casa. Fue entonces, al quedar detenida como una sombra más en el centro del vestíbulo, cuando oyó aquello. Un llanto... ¡El llanto de una mujer!

* * *

Era el llanto de una mujer vieja, seguro, porque resultaba entrecortado y débil. Además, daba la sensación de que quien estaba llorando quería no ser oído.

Peggy, acercándose lentamente a uno de las puertas, pegó el oído a la madera.

No, el llanto no surgía de allí.

Parecía brotar, en realidad, de los lugares más extraños de la casa. Era como un sonido de ultratumba, como un sonido que estaba más allá de las paredes.

Peggy contuvo la respiración para oír mejor. Entonces oyó otra vez los golpes de azadón. Seguro. Era fuera de la casa.

Peggy se acercó a la puerta de hierro que daba al jardín posterior y la abrió lentamente. Vio la luna rebrillando sobre los cristales de la casita que había al fondo. Pero también vio algo más... Vio a Caldwell.

El enigmático Caldwell estaba trabajando con un azadón entre los descuidos arbustos del jardín. Estos le cubrían casi por completo, de modo que no resultaba fácilmente visible.

Pero desde el lugar en que Peggy se encontraba, podía advertir que Caldwell estaba... ¡Preparando una tumba!

Las manos de la muchacha se agarrotaron sobre su pecho.

¡Él la había visto también!

Sus miradas chocaron. Pero fue la mirada de Caldwell la que pareció llegar desde más lejos. Ella musitó:

—¿Qué... hace aquí?

—¿Debo contestarle?

—Soy la dueña de esta casa. Si no me contesta inmediatamente avisaré a la policía.

—¿Y por qué no lo ha hecho ya?

—Pues porque... porque...

El dejó el azadón y se acercó lentamente. Su mirada tenía fijeza obsesionada, mientras que su cuerpo parecía flotar en el aire.

Daba esa impresión de ingravidez que dan a veces los espectros de las películas, que parecen desplazarse de un lado a otro de la pantalla como si patinaran sobre la niebla.

Su voz pareció llegar también desde muy lejos.

—Yo le diré porque no lo ha hecho. No ha avisado a la policía porque tiene miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué iba a tenerlo?

—Pues... por ejemplo, de esta casa.

Peggy respiró hondo, intentando hacer acopio de serenidad.

—Esta casa me gusta.

—Entonces, puede tener miedo de mí.

—¿De usted?

—Nunca me ha visto de día.

Ella sufrió un temblor en los párpados.

—Es verdad. Solo le he visto de noche, justamente a las horas en que suelen aparecer los vampiros.

Él se acercó un poco más. Tenía unos ojos quietos, hipnóticos, que parecían atravesar las pupilas demasiado dilatadas de Peggy. Era como si se apoderase de ella, como si la absorbiera poco a poco...

Peggy vio sus labios. Los vio muy cerca, tan cerca que casi llegaban a rozarla suavemente.

Supo que iba a besarla o iba a destruirla. No hubiera podido decirlo. Supo que iba a ser suya de algún extraño modo. Que algo muy importante, horrible tal vez, iba a acaecer en su vida.

Los dedos del hombre se clavaron como garfios en la piel suave de sus brazos, de sus hombros y de su cuello. Él se acercó más. Y fue entonces cuando el cansado corazón de Peggy ya no pudo resistirlo, cuando algo pareció romperse en sus arterias, produciéndole una angustiosa sensación de ahogo.

Entreabrió los labios, gimiendo, y perdió el sentido mientras el hombre la sujetaba férreamente.

* * *

Cuando recobró el sentido, alguien estaba junto a ella.

Era Ricky.

—¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sé.

—¿Un colapso?

—Eso debe ser. Pero dígame, por favor... ¿cómo me ha encontrado?

—Estaba en el suelo... Yo creo que alguien se encontraba también junto a usted, pero ha huido al verme llegar.

—¿No ha podido verlo?

—No. Desde luego que no...

Ricky la ayudó a levantarse. Ella se sentía como flotando en el aire.

—¿Cómo se le ha ocurrido levantarse? ¿Estaba despierto? ¿O es que siempre duerme vestido?

—Me he levantado porque he oído llorar a alguien.

Los párpados de Peggy temblaron. Bruscamente todo volvía a su memoria. De pronto pareció oír otra vez el llanto que llenaba toda la casa y los golpes del azadón de Caldwell que estaba abriendo una tumba.

—¿Quién lloraba?

—No lo sé. El llanto era muy extraño y parecía llegar desde todos los rincones de la casa. Pero desde luego era una mujer. Una mujer vieja que parecía que nadie la oyese.

—La misma sensación... he tenido yo.

—¿De modo que también la ha oído?

—Sí... Y era en la casa. Tengo que saber en qué lugar de ella sonaba. ¡Tengo que saberlo!

—No se excite. ¿Ha salido aquí?

—Sí.

—¿Quién estaba en el jardín?

—Un hombre llamado Caldwell.

—¿Qué le ha hecho?

—No lo sé. No podría decirlo. Tal vez me haya besado o tal vez... He llegado a pensar que pudiera tratarse de un vampiro.

—No me haga reír. Los vampiros no existen.

—Hay un viejo adagio según el cual la fuerza terrible de los vampiros radica precisamente en que nadie cree en su existencia.

—Eso son tonterías. ¿Qué hacía ese maldito Caldwell, ese fantasma o lo que sea?

Peggy señaló detrás de los arbustos.

—Vamos allí.

—¿Qué sucede?

—Caldwell parecía estar cavando una fosa.

En efecto, la fosa estaba allí, detrás de los arbustos. Caldwell no había tenido tiempo de concluir, pero se apreciaban perfectamente sus límites. Era de formas muy regulares y estaba bien hecha. Resultaba lo bastante ancha como para contener dos cuerpos. ¿Una fosa para ellos dos?

Ricky tragó saliva.

—¡Diablos!

—Eso es lo que estaba haciendo Caldwell.

—Bueno, no creo que ese fantasma vuelva por lo que queda de noche. ¿Por qué no intenta dormir un poco?

—Sí, lo voy a intentar.

Peggy subió a su habitación, mientras Ricky permanecía en la planta baja. Tuvo un sobresalto al encontrarlo todo a oscuras, y no recordó en el primer momento que había apagado la luz ella misma.

Respiró con fuerza.

Ricky preguntó desde abajo:

—¿Ocurre algo?

—No...—. Nada.

—¿Por qué no enciende la luz?

—Es que no encuentro el interruptor.

—¿Quiere que la ayude?

Las voces resonaban como si tuvieran eco en el silencio espantoso de la casa vacía.

—No, gracias.

Fue tanteando las paredes. Le parecía como si aquel cuarto fuera completamente desconocido, como si no hubiera estado nunca en él. A cada movimiento de sus dedos tenía la sensación de ir a tocar un cuerpo que de repente saltaría sobre ella.

—¿De verdad no necesita nada, Peggy?

—No.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Ricky.

La mano de Peggy ya estaba crispada sobre el interruptor, a punto de hacerlo girar.

Respiró hondamente, acumulando energías, sintiendo, no sabía porqué, que iba a encontrarse ante algo desconocido y terrible. Se decidió al fin. Y fue entonces cuando otra vez el horror penetró por sus ojos y le tensó la garganta como una garra. Porque el hombre de la cicatriz estaba allí. Estaba allí quieto, sobre el diván, con las manos agarrotadas y los ojos fijos en ella. Con sus ojos muertos.

* * *

El teniente apretó los labios y contempló con ojos inmóviles la labor del forense, que acababa de dar la vuelta al cadáver y lo examinaba pulgada a pulgada.

Al fin se puso en pie.

—¿Qué?

—Lo que suponía.

—No nos ha dicho aún qué es lo que suponía, doctor.

—Le han atizado por la espalda con arma blanca. Una persona de no demasiada fuerza, porque la herida es poco profunda. Pero, desde luego, el

autor del golpe sabía lo que hacía. El surco del arma no se ha desviado ni media pulgada de su trayectoria. Este hombre ha muerto instantáneamente y sin posibilidad de defenderse. El cuello cortado.

El teniente encendió un cigarrillo.

—¿Puede haber cometido ese crimen una mujer?

—Sí.

—¿Clase de arma?

—No podré decirlo con exactitud hasta que haga la autopsia y examine con detalle los bordes de la herida.

—Pero solo de una manera aproximada, ¿qué le parece a usted?

El forense se encasquetó de manera distraída el sombrero que se había quitado para examinar el cuerpo del hombre de la cicatriz.

—Pues no sé... Pero yo diría que una navaja barbera.

Peggy, que estaba en la puerta de la habitación, casi apoyada en el marco, sintió que se ahogaba y sus rodillas estuvieron a punto de doblarse.

—¿Una navaja barbera?

—Sí. Como es natural, no hago ahora una afirmación rotunda, pero habrá de ir tomándolo en cuenta, teniente.

El forense atravesó la puerta, casi rozando a Peggy.

—Buenas noches.

—No se marche aún. Tiene que decirme la hora aproximada de la muerte.

—¡Diablos! ¿No puede esperar al informe de la autopsia? ¿Quiere hacer que me equivoque?

—Es que si me anticipa algún dato yo podré empezar a trabajar. Y no tema. Nada de lo que diga ahora será incorporado al atestado policial. Puede equivocarse.

—Bueno, si es así... Ese hombre ha debido morir hace aproximadamente unos cuarenta minutos.

El teniente apuntó la hora en su agenda. Luego miró a Peggy.

—Usted ha estado pensando en muertos desde que llegó a esta ciudad. Confieso que le había tomado por una visionaria hasta que... hasta que nos hemos encontrado con esto. ¿Qué ha ocurrido exactamente?

—No estoy en condiciones de hablar ahora, teniente.

—¿Se da cuenta de que me voy a ver obligado a detenerla?

—Haga lo que crea que debe hacer.

El teniente se encogió de hombros.

—La cárcel de Vernonside es muy pequeña y no reúne condiciones para una señorita como usted. La tendré aquí bajo vigilancia hasta que el juez decida. ¿Y usted?

Miraba a Ricky, que durante todo aquel tiempo había estado también junto a la puerta, rígido como una estatua.

—A mi puede detenerme si quiere, teniente. Pero no he tenido nada que ver con esto. La señorita lo atestiguará.

—Y usted atestiguará lo de la señorita. Me he encontrado demasiadas veces con esta situación. Pero no tema, no voy a tomar ninguna decisión precipitada. Usted se quedará aquí bajo vigilancia también hasta que el juez decida.

Miró al sargento que estaba junto a la entrada.

—¿Ha visto la documentación de los dos?

—Sí, teniente.

—¿Esta correcta?

—Desde luego.

—*Okay*.

Fue a salir, pero en ese momento uno de los brazos de Peggy se movió y le cortó el paso inesperadamente.

—Teniente...

—¿Qué ocurre ahora?

—Me pregunto si usted conocía a ese hombre. Al de la cicatriz.

—Hum... Creo que sí.

—¿Se trata de un secreto? ¿No puede decirme quién es?

—Si lo ha matado ya lo sabe.

—No he sido yo.

El teniente carraspeó.

—Bueno... ¿tiene algún interés especial en saberlo?

—Un hombre como ese fue quien se llevó el cadáver del señor O'Hara de su apartamento.

—Hum... Esto complica las cosas aparentemente. De modo que usted ya había visto antes a este tipo... Pues bien, si no me equivoco se trata de Finegan, un delincuente habitual, procesado varias veces. Resultaba muy peligroso, pero poco dueño de sus nervios. Siempre le atrapaban por lo mismo. De todos modos, eso lo podré decir con exactitud cuándo se hayan tomado las huellas necrodactilares y se hayan comparado con las de la ficha policial. Y ahora, buenas noches. Sargento, usted y Larry se quedan.

—A sus órdenes.

El teniente salió de la habitación y poco después dejaba la casa.

Ni tan siquiera vio a un hombre vestido de negro, con botas claveteadas, que parecía acechar entre las sombras, junto a la verja.

CAPITULO 8

A

la mañana siguiente se recibió en el banco local una transferencia de cincuenta mil dólares a favor de Peggy Johnson.

Pero ella no fue a recogerla porque, antes de recibir el aviso del banco, recibió la visita del propio señor Hamilton.

El apoderado del millonario Walter O'Hara llegó a Vernonside en un lujoso automóvil conducido por chófer. Se le veía nervioso, tan agitado, que cualquiera podía comprender que le era imposible conducir por sí mismo.

Se sorprendió mucho al encontrar a Peggy en la casa.

—He venido apenas me ha sido posible, dejándolo todo. ¿Le han avisado desde el banco que tiene ya los cincuenta mil dólares?

Peggy estaba sentada en una silla, en el centro de la planta baja, y sus ojos grandes e inmóviles parecían no mirar a ninguna parte.

—Buenos días, señor Hamilton.

—¿Qué le ocurre, Peggy?

De pronto se fijó en el policía silencioso que les miraba desde la puerta.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué hace aquí la policía?

—El hombre que se llevó el cadáver del señor O'Hara, el de la cicatriz, ha sido asesinado aquí, en esta casa.

—No puede ser... ¡Es increíble!

—Ha sido horrible...

—¿Cómo lo descubrió, Peggy?

Ella explicó en pocas palabras lo sucedido, sin omitir su encuentro con Caldwell ni la existencia de aquella tumba que tenían a unos pasos, tras los cristales de la ventana.

Hamilton encendió un cigarrillo sin poder disimular que le temblaban los dedos.

—Nada de todo esto tiene sentido. Ni el hecho de que robaran el cadáver del señor O'Hara ni el hecho de que el hombre que lo robó haya venido a morir aquí. Creo que acabaré volviéndome loco.

—Lo peor es que ahora la policía no autorizará mi traslado a New York. Voy a tener que quedarme aquí aunque no me guste. Tengo miedo del hotel y tengo miedo de esta casa. ¿A dónde puedo ir?

—Yo me quedaré con usted.

Sin que hubiera podido asegurar porqué, aquellas palabras no tranquilizaron a la muchacha. Más bien la asustaron un poco.

—¿Qué ha pasado en New York? Usted me habló por teléfono de algunas cosas realmente incomprensibles...

—Del todo incomprensibles, Peggy.

—¿Un desfalco?

—Eso parece en un principio, pero está tan bien hecho que no podemos seguirle la pista.

—¿No iban bien los negocios del señor O'Hara?

—Se avecinaba una mala época y los socios empezaban a estar intranquilos, pero la hubiéramos superado. Nuestros clientes no habrían llegado a notar nada. Ahora, los socios se muestran desorientados y sin saber qué hacer. Ninguno de ellos lo comprende. Los cajeros están siendo interrogados día y noche, pero hasta ahora nadie les ha sacado una palabra.

—Estamos ante algo que no comprendo, señor Hamilton... Y tengo miedo.

—También lo tengo yo, Peggy, aunque en otro sentido. Yo soy el apoderado general de todos los negocios de esta empresa. Cualquier cosa que no marche bien en ellos, me atañe a mí de forma directa. Y piense que se trata de un asunto de millones y millones de dólares. Un asunto por el que vale la pena matar...

Peggy, sin saber por qué, sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—Usted no es capaz de matar a nadie, señor Hamilton.

—Gracias. Hay otra cosa que no comprendo y que realmente no me deja dormir por las noches.

—¿Qué es?

—La recepcionista me dijo que había visto un par de veces a un hombre con una cicatriz rondar por la oficina. Preguntó por el señor O'Hara. Pero al parecer el jefe no llegó a recibirlo.

—¿Es posible que entonces ya tuviera intención de asesinarlo?

—Me parece más que probable, pero lo que no entiendo es para qué querría luego su cadáver. ¿Qué hace la gente con un muerto?

Peggy apretó los labios, mientras su mirada paseaba errabunda por la habitación vacía, parecida a esos escenarios siniestros y enormes que a veces se emplean en las películas.

Hamilton dijo:

—Ya todo esto, ¿dónde está Ricky Saxon? ¿Se da cuenta de que no

conozco aún a ese tipo?

—Pues puede conocerlo ahora, aunque no creo que la cosa valga la pena.

Cuando Hamilton vio cara a cara al hombre que había estado sustituyendo a su difunto jefe, una exclamación de asombro partió de su garganta.

—¡Es increíble! ¡Qué parecido tan extraordinario!

—No puede decirse que sea usted original, amigo.

—Disculpe. Solo quería conocerle.

—Pues ya me ha conocido.

Hamilton, como siempre, se mostró cortés y educado, a pesar del tono algo hiriente del otro.

—Siento que no pueda marcharse enseguida de la ciudad. Por mí parte ya lo tenía todo preparado, ¿sabe? Pero supongo que la policía lo retiene.

—Así es.

—¿Hasta cuándo?

—¿Y yo qué sé? Hasta que se demuestre que yo no tengo nada que ver con ese absurdo crimen, supongo. Pronto tendrán que darse cuenta de que un hombre como yo no mata con una navaja barbera.

—¿Es que ya sabe con seguridad que se empleó una navaja barbera como arma?

—Sí. Lo ha dicho el teniente. Ya se sabe el resultado de la autopsia, pero nadie ha dado aún con el arma.

Peggy tragó saliva dificultosamente.

—¿De modo que una navaja barbera?

—Sí, pero... ¿qué le ocurre?

Había palidecido tanto que Hamilton se apresuró a sostenerla por un brazo, temiendo que cayese.

—No me ocurre nada. Solo que esas cosas me aturden un poco. Perdonen...

* * *

Peggy sentía más que nunca la soledad espantosa de la casa.

La noche anterior había estado preñada de inquietudes, pero al menos se sintió segura mientras los policías vigilaron allí. Ahora, habían recibido órdenes de retirar su vigilancia.

Hamilton había tomado una habitación en el hotel, aunque había prometido que volvería a la casa a menudo.

Y Ricky se retiró a descansar, con un puñado de periódicos bajo el brazo.

Peggy, como una sonámbula, subió las elegantes escaleras hacia el

vestíbulo superior, donde estaba la puerta de su dormitorio.

No habría vuelto a dormir en aquel diván ni por todo el dinero del mundo.

En cambio, había descubierto en la caseta posterior del jardín, muy cerca ya del cementerio, una gran butaca de estilo inglés, tapizada en piel, donde podría pasar la noche.

Salió de la casa y se adentró en el jardín, caminando hacia la caseta del fondo, mirando hacia el frente como una alucinada.

Pero mientras avanzaba oyó aquello otra vez. Aquel extraño llanto. Era como una queja lejana, ahogada, que parecía llegar desde los lugares más remotos de la casa.

Era como si alguien se quejase conteniendo un llanto que sin embargo atravesaba las paredes de la casa y llegaba hasta los oídos de Peggy.

Esta contuvo la respiración.

Por un instante se detuvo, pero luego echó a correr hacia la pequeña construcción que había al fondo del jardín. La luna rebrillaba en los cristales, como en noches anteriores. La puerta crujió levemente cuando ella había la empujó poco a poco.

En la pequeña casa, que sin duda había sido residencia de los jardineros en otro tiempo, había dos piezas, separadas por una puerta de solemnes formas.

Y de pronto Peggy se dio cuenta de una cosa.

¡El llanto sonaba en la misma casa! ¡Estaba sonando detrás de la segunda puerta!

Y de pronto esta se movió.

Fue empujada muy poco a poco, como si alguien sin demasiadas fuerzas se apoyase en ella.

Peggy contuvo un alarido. Mejor dicho, no supo si había gritado o no. Porque el horror mismo estaba ante sus ojos.

Y, sin embargo, la vieja que había empujado la puerta no era horrible en sí. Era una mujer de otra época, con su impecable vestido negro, sus manguitos blancos y su mirada que parecía llegar desde más allá del tiempo. Pero era horrible su mano ganchuda empuñando la navaja barbera...

Los ojos de la desconocida se clavaron en ella. Tenía la boca torcida en una especie de mueca, y por sus mejillas resbalaban dos lágrimas. Avanzó hacia la paralizada Peggy. Sus ojos estaban fijos en los de la muchacha y había en ellos un brillo satánico, cegador, que parecía llegar desde más allá del tiempo.

La navaja pesaba en su mano con una extraña sensación de fuerza, y la muchacha se dio cuenta de que, a pesar de enfrentarse a una vieja, su primer golpe sería mortal.

Y de pronto la aparición saltó.

Lo hizo con una diabólica agilidad, como si tuviera solo veinte años. La navaja dibujaba en el aire un círculo brillante y fue recta hacia el cuello de Peggy.

Esta logró ladearse en el último momento, mientras el filo rozaba sus ropas.

Un profundo corte quedó marcado en ellas. Quedaron rasgados el delgado jersey, el vestido y el sostén. Unas gotitas de sangre brotaron del seno izquierdo de la muchacha, mientras esta lanzaba un chillido.

Durante unos segundos quedaron frente a frente, mirándose con ojos extraviados, mientras la sensación de horror llegaba hasta la garganta de Peggy, ahogándola.

La navaja se movió otra vez.

Ahora la muchacha se dio cuenta de que no podía retroceder, pues estaba junto a la pared, y como último recurso se dejó caer al suelo. Contaba con que una mujer vieja podía tener ágiles aún los brazos y las piernas, pero no así las articulaciones de la cintura.

Tuvo razón. La navaja arañó la pared, dejando en ella grabado un surco. Pero la vieja no pudo inclinarse con la suficiente rapidez, al fallar su cintura, y eso permitió a Peggy gatear por el rincón de la habitación, dirigiéndose hacia la puerta.

En estos momentos obraba solo por instinto, sin entretenerse apenas en pensar, dándose cuenta de que se movía junto a la muerte misma. Consiguió llegar a la puerta.

La vieja la persiguió, aunque andando ahora con más dificultad. Peggy abrió justo cuando la navaja brillaba otra vez encima de su cabeza. Cayó sobre la puerta con un crujido mientras ella cerraba.

Se encontró en el jardín, corriendo hacia la casa, sin haberse dado aún cuenta exacta de lo que sucedía.

Corriendo, abrió la puerta posterior, aún habiendo advertido que no la perseguía ya la vieja, y en ese momento tropezó con alguien. Unos brazos la sujetaron férreamente.

* * *

La luz de la luna, entrando a través de la ventana, le hizo darse cuenta de que era Caldwell quien la sujetaba.

Caldwell la miraba con sus extraños ojos negros y profundos, mientras una suave sonrisa flotaba en sus labios. Peggy no hubiera sabido decir si aquella era una sonrisa de amor, de piedad o de muerte.

Los brazos, que la apretaban férreamente, no la soltaron.

Fue él el primero en hablar, ante el silencio agitado de la muchacha.

—¿Qué le sucede? ¿Por qué corre así?

—Me... me persiguen.

A Peggy no se le ocurrió pensar que aquel hombre podía significar un peligro mucho mayor que la navaja de la vieja.

—¿Quién la persigue?

—No... no sabría decirlo.

—Pero a alguien habrá visto, claro.

—Era... una horrible vieja.

—¿Una vieja?

—Quizá venga hacia aquí...

Caldwell la empujó ligeramente hacia la ventana, sin soltarla, y le permitió mirar el jardín, con la casa más pequeña al fondo.

No se veía a nadie.

—¿Se da cuenta? No corre peligro...

Peggy le miró.

Tras los ojos de aquel hombre parecía existir un abismo dulce y horroroso a la vez.

—Esa mujer que la perseguía, ¿cómo era?

—Iba vestida de negro y con ropas de otra época. Daba la sensación de haber surgido de la tumba. Ha intentado matarme.

—¿Con qué?

—Con una navaja barbera.

—¿Está segura de no haber visto un fantasma?

—¿Me toma por loca?

—No; solo pretendo que no se deje dominar por un clima de horror que se ha creado en torno a usted misma. Puede que no deba pensar nunca más en esa vieja.

—¡Pero si yo la he visto! ¡Si ha estado a punto de matarme!

—¿De veras está segura de haberla visto?

—¿Qué cree que es este desgarrón en mi vestido? Ella misma lo ha causado con la navaja. Incluso ha llegado a herirme. ¡Fíjese!

No se dio cuenta de que le estaba mostrando parte de su seno, en cuya finísima piel brillaban unas gotitas de sangre.

Los ojos de Caldwell rebrillaron.

Sus manos fueron en busca de los brazos de la muchacha.

Sin que ella pudiera evitarlo, sin darse cuenta siquiera, se encontró estrujada por los músculos poderosos y besada ávidamente. Caldwell la dobló contra sí, apretó sus labios, le hizo daño con el salvajismo de aquel beso. Peggy sintió que sus fuerzas decaían y que algo era vencido en su intimidad más pura.

Quizá por primera vez el miedo fue sustituido por otra sensación, una sensación un poco ansiosa, casi de voluptuosidad, donde parecía como si el

tiempo no tuviera principio ni fin, donde todo carecía de importancia excepto la presión obsesionante de los labios del hombre.

Pareció haber transcurrido un largo tiempo cuando él la soltó, respirando con dificultad. Peggy estaba materialmente ahogada.

Él dijo con voz ronca:

—Perdone.

Ella no contestó.

Las manos de Peggy temblaron.

—¿Qué hace en esta casa? ¿Por qué deambula por las noches como un fantasma?

El contestó con un soplo de voz:

—Busco dos tumbas.

Peggy quedó paralizada.

—¿Dos tumbas?

—Sí. Es un deber. Si es necesario dedicaré a ese siniestro trabajo todo el tiempo que me quede de vida.

—Pero... ¿por qué hace eso? ¿Y por qué se oculta, si puede saberse?

—Nadie sabe que existo.

En aquel momento oyeron un leve ruido en una de las habitaciones de la derecha de la casa. Era un lugar que no correspondía al habitado por Ricky. Peggy sintió tensarse un poco los duros dedos del hombre, que se habían cerrado sobre sus brazos.

—Alguien se acerca.

—Puede ser la policía...

Caldwell la soltó lentamente, sin dejar de mirarla con sus profundos ojos negros.

—Lamento tener que dejarla sola, pero no me interesa que nadie me vea.

Desapareció entre las sombras como si estas se lo hubieran tragado.

CAPITULO 9

H

AMILTON había atravesado la verja en silencio unos segundos antes, avanzando como una sombra hacia una de las ventanas de la planta baja de la casa.

Palpó aquella ventana y luego otras varias. Hasta encontrar una que no había sido bien cerrada. La abrió sin dificultad. Luego pasó al interior, deslizándose por entre las tinieblas de la gran habitación vacía.

En toda la inmensa casa no se oía un ruido.

Las paredes parecían acechar, esperar no se sabía qué. En lo que habían sido elegantes salones de otro tiempo, cubiertos de cuadros y de tapices, el silencio parecía poder cortarse.

Hamilton dio un momentáneo traspie y el leve sonido se multiplicó cien veces en las salas vacías.

Llegó hasta una de las puertas. Susurró:

—Peggy... Peggy...

Abrió aquella puerta. Más allá se veía una sala tan vacía como la primera. Una ventana extremadamente alta dejaba penetrar una claridad plateada que se reflejaba en las baldosas.

—Peggy...

Ignoraba dónde estaba el dormitorio de la muchacha, pero supuso que ella le contestaría.

—Peggy, Rick no lo sabe, pero he decidido quedarme esta noche aquí... Quiero vigilar yo mismo para que no le ocurra nada. ¿Me oye, Peggy?

Aquella voz que era un susurro casi inaudible fue el leve rumor que llegó a oídos de Caldwell y motivó que Peggy y él se separasen.

Hamilton siguió avanzando. Fue a abrir una puerta más.

Él, en el fondo, siempre había sido más listo que los otros. Él había triunfado llegando desde abajo, desde la nada. ¿Por qué no podía ser más listo que la policía también? ¿Por qué no podía descubrir él solo, sin ayuda de nadie, qué clase de peligros eran los que acechaban a Peggy? En el fondo todo era sencillo, muy sencillo.

Consistiría en pasar una noche alerta. El daría la gran sorpresa a todos aquellos policías estúpidos que solo sabían vigilar rutinariamente. Mientras le creían durmiendo en el hotel, sin hacer nada, él descubriría de qué clase eran los fantasmas que habían atormentado la vida de Peggy.

Por otra parte, una nueva sospecha anidaba en su mente. Una sospecha a la que no se atrevía a dar nombre. Algo tan extraño, tan fuera de todos los cálculos normalmente humanos que hasta al pensarlo sentía un estremecimiento.

Esta noche iba a comprobarlo. Empujó del todo aquella puerta. Y entonces la vio.

Vio a aquella mujer vestida de negro, con sus quietos ojos, con sus manos sarmentosas con la enorme navaja flotando en ellas.

Hamilton no era hombre acostumbrado a leer la muerte, el horror en unos ojos.

Hamilton, a lo largo de su vida, solo había visto números.

Y al encontrarse ante aquello gritó.

Su grito hizo temblar la puerta entreabierta, los cristales de la ventana. En las viejas paredes empapeladas aquel grito se ahogó. Y el chasquido de la navaja al cortar por dos veces su cuello de oreja a oreja fue como un chapoteo inaudible, remoto...

* * *

Así lo encontró Peggy apenas dos minutos más tarde.

Con el cuello seccionado brutalmente, bañado en su propia sangre como un cerdo sacrificado en el matadero, con una expresión de horror y de pasmo en sus facciones antes tan correctas.

Así lo encontró Ricky también, cuando llegó hasta allí a toda velocidad, abriendo puertas como un alucinado.

—¿Quién ha gritado? ¿Qué pasa?

—Han matado al señor Hamilton. Hay que avisar a la policía.

Peggy, más tarde, ni siquiera recordó haber dicho aquello. Ni siquiera recordó haberse quedado sola mientras Ricky corría hacia el hotel. Posiblemente no llegó a darse cuenta de que durante más de cinco minutos había estado sola y a merced de aquella horrible vieja, si a esta se le hubiese ocurrido volver a la habitación.

Pero no volvió.

Cinco minutos después los que llegaron fueron dos policías traídos por Ricky, cuyos ojos denotaban que aún no se había recuperado de la sorpresa.

* * *

El depósito de cadáveres y sala de autopsias estaba, como en casi todas

las ciudades pequeñas, en una dependencia del cementerio.

Hubo, por tanto, un mínimo de molestias para trasladar al cadáver del señor Hamilton. Los de la ambulancia bajaron una camilla, instalaron en ella el cuerpo y lo llevaron al cementerio a través del mismo jardín posterior de la casa. Había al fondo de este una puertecita de metal, semicubierta por la hiedra, que daba a la estrecha calle del cementerio. Peggy no se había fijado nunca en aquella puerta, como tampoco se había fijado en otros cien detalles del jardín. Por ejemplo, en el pequeño grupo escultórico que había a mano izquierda, sobre una fuente extinguida.

De modo que un pequeño cortejo formado por diez hombres silenciosos, atravesó el jardín y penetró en la sala de autopsias del cementerio.

Peggy fue detrás de aquel pequeño grupo, acompañada por el teniente Parker.

Una vez el cadáver sobre la mesa de mármol, él se volvió hacia Peggy.

—No debió haber venido. No es aconsejable para una mujer un espectáculo como este.

—¿Van a efectuar la autopsia?

—Inmediatamente.

—En ese caso me retiraré. Solo he querido acompañar al señor Hamilton. Su deseo hubiera sido que le enterraran en un cementerio como este, estoy segura. También a mí me gustará reposar aquí.

* * *

Fue casi cuatro horas más tarde cuando el teniente le recordó aquellas palabras.

—¿Por qué dijo que le gustará reposar aquí?

—Porque presiento que esta pequeña ciudad ha de ser mi tumba.

—¿Cree que dejaremos que aquella vieja la asesine también?

Hubo en los labios de la muchacha una perceptible mueca de alivio. Suspiró claramente.

—¡Vaya! Por fin se han dado cuenta de que no todo eran imaginaciones mías. Por fin han llegado a admitir que en aquella casa se movía una horrible vieja.

Ambos estaban en el despacho del jefe de la policía local.

El teniente dijo:

—Esa vieja existe.

—¿Cuándo lo han sabido?

Él, por toda respuesta, extrajo una cartulina en la cual se hallaba pegada una foto.

—¿La reconoce?

Peggy tragó saliva fatigosamente.

—Sí; es ella misma. ¿La tenían fichada?

—¿La policía? No. Es solo una ficha laboral de hace veinticinco años. Esa mujer se llama Sandra Valeri y estaba al servicio del matrimonio Caldwell, que era quizá la familia más opulenta de la ciudad. Murieron abrasados.

—¿Cómo... ocurrió?

—Se incendió su alcoba mientras ellos estaban durmiendo. No quedó ni rastro. Sus cuerpos fueron abrasados de tal modo que hasta sus huesos resultó difícil reunirlos. Pero no fue Sandra quien provocó el incendio. Fue un accidente. Ella solo vivía por y para sus dueños, a los que adoraba. Una muerte tan trágica le hizo perder la razón por completo, y hubo de ser recluida en un manicomio de tipo preventivo que hay a seis millas de aquí. Durante años y años, lo único que hizo fue preguntar quién iba a ocupar la casa.

—¿Por qué?

—Porque dijo que, si alguien se atrevía a ensuciar con su presencia la mansión de los Caldwell, moriría a sus manos.

—¿Y ahora, al cabo de los años, ha cumplido su promesa?

—Así es.

—¿La han detenido ya?

—No; aún no.

—¿Ya qué esperan?

—Necesitamos un cebo para atraparla. Ella quiere matarla a usted, Peggy...

—Entiendo. Yo soy el cebo.

—No tiene ninguna obligación de prestarse a ello, Peggy. Pero a los que se guían por su instinto de fieras hay que cazarlos con trampas para fieras, es decir, con cebo.

—De acuerdo, teniente. Yo seré el cebo.

* * *

Peggy misma apagó la luz y se tendió en el diván cansadamente, quedando bañada por la luz de la luna que entraba a través de la ventana. El silencio se adueñó de la casa.

Era como si la tumba se hubiera cerrado para siempre definitivamente.

Era como si el tiempo hubiera dejado de existir, como si la tierra entera hubiese desaparecido entre la nebulosa de una pesadilla. Nada se movía en la habitación, en toda la casa.

Nada excepto dos vestidos negros colgados en el fondo más remoto del armario empotrado.

Dos vestidos negros entre los que quedaba un espacio inverosímilmente pequeño, pero suficiente para que en él se ocultase aquel cuerpo delgado, fibroso, serpenteante, que empezó a moverse poco a poco como un reptil dormido que hubiese vuelto a la vida.

No produjo un solo ruido.

Moviéndose con esa suavidad propia de los que toda su existencia han tenido que pasar inadvertidos, se despegó de la zona cubierta por los ropajes negros y llegó hasta la puerta del armario. Esta se abrió lentamente sin producir ni un levísimo chasquido.

Una sombra negra se proyectó al exterior.

La navaja brilló durante fracciones de segundo en una mano larga y huesuda.

La dueña de aquella mano solo necesitaba cinco segundos.

Peggy acababa de cerrar los ojos.

Solo saltar hasta el diván y...

Sandra sabía por experiencia que la navaja cortaba con más eficacia que un cuchillo. No necesitaría más que empuñarla suavemente para que hiciera un tajo de oreja a oreja.

Fue un sexto sentido lo que advirtió a Peggy. De pronto abrió los ojos y vio brillar la navaja apenas a cinco pasos. La navaja trazó en el aire una fatídica curva.

Mientras Peggy saltaba del diván, el policía que había estado escondido todo el tiempo junto al armario, entró en acción también. Todos sus gestos denotaron el perfecto entrenamiento a que había sido sometido. Con las dos manos sujetó en una implacable presa el brazo armado de Sandra, mientras de un golpe tras la rodilla le hacía perder el equilibrio. Cuando llegó al suelo, ya el otro policía que estaba bajo el diván se había puesto en movimiento también.

Entre ambos sujetaron a Sandra, desarmándola, mientras Peggy encendía la luz de la habitación.

—Por Dios, no le hagan daño...

—No tema.

A Sandra la tenían bien sujeta, pero, desde luego, no iban a matarla. Estaba inmovilizada por ambos brazos y miraba a Peggy con ojos de fanático odio, mientras sus labios escupían espumarajos blancos.

Con una sola torsión, los dos policías la pusieron en pie.

La puerta se abrió de repente. Varios policías penetraron en tromba.

Antes de que se llevaran a Sandra, Peggy la miró a los ojos.

Dijo:

—Perdóneme... Yo no he querido denigrar esta casa.

Pero aún fue ella la que tuvo que bajar la mirada cuando la asesina pasó junto a ella en dirección a la puerta.

Peggy se sentía aliviada.

Fue hacia el fondo del jardín, hacia donde estaba, a mano izquierda, la vieja fuente extinguida.

Adornada por un grupo escultórico muy al gusto de otra época, aquella fuente estaba ya ahogada por las madreselvas que durante años y años la habían ido cubriendo.

Peggy lanzó un suspiro de alivio.

Era tan grata, tan tranquilizadora aquella soledad, que se apoyó en las madreselvas y en la hiedra.

Una mariposa nocturna revoloteó a la luz lunar y fue a caer sobre las hojas, perdiéndose en ellas. Peggy entrecerró los ojos.

De pronto la noche se transformó en algo negro, tenebroso, cargado de presagios. De pronto unas manos negras y tentaculares parecieron surgir de ella. De pronto Peggy se encontró rozando sin querer, entre las hojas de la hiedra, los relieves del grupo escultórico que estaba a su espalda.

¿Qué era aquello?

Peggy contuvo la respiración al separar las hojas para verlo, y luego emitió un gemido. Porque el grupo escultórico no representaba otra cosa que un dragón. Cerró los ojos.

Sintió tanto miedo, la sensación de horror penetró tan hasta el fondo de ella misma que al cerrar los ojos se sintió absurdamente como más aislada.

Luego avanzó hacia la casa. Sabía que estaba sola.

En la puerta principal, vio el escudo que podía representar cualquier cosa, y en el cual no se había fijado nunca. Rematadas sus cuatro esquinas, podían verse sendos rombos, cada uno con una flor de lis.

¡Una navaja barbera! ¡Un dragón! ¡Una flor de lis!

Se acordó de madame Olga y de sus predicciones.

Podía gritar, podía proclamar a los cuatro vientos que el cuerpo del señor O'Hara tenía que estar allí... ¡Allí!... pero no le cabía la menor duda de que nadie llegaría a oírla.

Penetró en la casa. Silencio.

El cuerpo de Walter O'Hara tenía que estar allí...

Oyó unos pasos a su derecha. Unos pasos lentos, tranquilos.

Una puerta chirrió.

Peggy se volvió poco a poco, sin un parpadeo, sintiendo en la nuca el frío de la muerte, notando todo ese inmóvil horror que deben notar los pajarillos hipnotizados que ven abrirse las fauces de la serpiente.

Él estaba allí.

Él la miraba con tranquilidad, con la mano izquierda en un bolsillo y balanceando en la derecha una enorme navaja barbera como la que antes

empuñó Sandra.

Peggy dijo con un soplo de voz:

—Le esperaba. Le esperaba... señor O'Hara.

CAPITULO 10

E

L hombre la miró con calma, con esa especial tranquilidad que tienen los hombres de negocios tras sus despachos, cuando se sienten muy seguros de sí mismos, amparados por sus cuentas corrientes, por sus libros de contabilidad y por docenas de empleados serviles que venderían a su madre.

Ese era el mundo en que se había movido siempre Walter O'Hara y el mundo en que le gustaba vivir. Solo que ahora, tras sus ojos tranquilos palpitaba el crimen. Elevó un poco la navaja, sin dejar de mirarla.

—¿Cómo me ha reconocido, Peggy? ¿Sabe que ha resultado usted ser muy lista?

Ella retrocedió un paso, mientras intentaba respirar con calma para no perder el control de sus nervios.

—Demasiado lista... ¿verdad?

—Demasiado para vivir.

Peggy retrocedió otro paso.

—¿No se da cuenta de que vendrá la policía? ¿No ve que no tiene la menor posibilidad de acabar conmigo?

—Se equivoca, preciosa. Sé que no vendrán en bastante tiempo. Tienen con Sandra, esa pobre loca, más trabajo del que pueden hacer. Nos dejarán en paz durante una hora o dos... ¡Y yo solo necesito un par de minutos para matarla!

La navaja brilló suavemente cerca de los ojos de Peggy que retrocedió otro paso.

—¿Por qué ha hecho todo esto? ¿Por qué ha necesitado montar toda esta comedia?

—Para ocultar uno de los desfalcos más grandes de la historia.

—Pero usted era un hombre rico... muy rico...

—Quise serlo más, mucho más. Por eso empleé sumas que no eran mías, sino confiadas a mí administración, e hice con ellas algunas arriesgadas operaciones de bolsa. Me di cuenta entonces de que no solo

había perdido aquel dinero, sino que había gastado también anticipadamente el que pensaba ganar con la operación. Yo soy un hombre a quién le gusta la gran vida en su concepto más amplio, y el pasivo de mis cuentas era ya muy notable. Comprendí que no podría reintegrar la suma en bastantes años, y eso era arriesgado a pesar de que mi cargo de director me permitía cubrir los baches durante bastante tiempo. Pero los contables manejaban los libros continuamente, y cualquiera de ellos podía descubrir el déficit. Entonces idee mi plan.

—¿Su plan?

—Sí, ¿por qué preocuparme por aquella suma perdida? Podía multiplicarla por diez, por cien, y luego desaparecer definitivamente. Pero aquí estaba el gran problema: desaparecer...

Peggy retrocedió otro paso más, a pesar de saber que él podía alcanzarla con un solo salto.

—Desaparecer ha sido siempre la gran dificultad de los que hacen como yo. Uno no puede hacer que se lo trague la tierra, no puede hundirse en el mar ni tomar un avión para el país más alejado del mundo, porque aun así se le descubre.

—Por eso fingió morir...

—Exactamente. Pero ese era un trabajo muy delicado. Empecé por inventar unas amenazas y por hacer creer a mis colaboradores más íntimos que iban a asesinarme.

—Entonces, el hombre de la cicatriz era su cómplice...

—Naturalmente. Necesitaba su ayuda, pero el plan, en el fondo, era muy sencillo. Convencidos Hamilton y otros de que iban a matarme, dije haber descubierto un doble para que corriera los riesgos por mí. Ese doble fui yo mismo. Me procuré una documentación falsa completísima y en el momento adecuado entré en escena. Yo era Ricky Saxon, un aventurero, un perdido. Pero Ricky Saxon, a pesar de la documentación, necesitaba una autenticidad. Hacía falta que le empadronaran en algún sitio, que le vieran, que tomara carta de naturaleza entre la gente. ¿Qué mejor lugar para eso que una ciudad pequeña, donde todo el mundo acaba conociéndose? ¿Qué mejor testigo de mi autenticidad que un alto jefe de las empresas O'Hara y una empleada de cuya honestidad nadie podía dudar en ningún momento?

Sonrió suavemente, mientras avanzaba un paso, dándose cuenta de que Peggy ya no podía retroceder más.

—Por eso ideé estar aquí un tiempo, en su compañía. Luego no tendría más que cobrar mi dinero, establecerme en cualquier lugar tranquilo y gastar mi fortuna sin llamar la atención de la gente. Pero eso suponía la muerte de O'Hara, es decir, mi propia muerte, y por eso les cité a usted y a Hamilton en mi apartamento de New York a una hora determinada, a fin de que viesan mi cadáver desde un lugar donde no pudieran tocarlo, y luego

fuesen testigos de mi desaparición. El hombre de la cicatriz fue mi ayudante. Fingir mi muerte resultó fácil, y salir por la puerta de servicio, deslizándome luego hacia la carbonera y el exterior, resultó mucho más fácil todavía.

—Pero eso no suponía que tuviera que matarme... Su plan no exigía derramamiento de sangre.

Una sonrisa suave seguía flotando en los labios de O'Hara.

—No, pequeña. Claro que no. Pero mi cómplice de la cicatriz, que estaba viviendo en la ciudad por si me era necesario, se puso nervioso. El sí que quería matar, para estar seguro en el caso de que surgiera el menor peligro. Y usted, paloma, lo era. Resultaba una muchacha inquieta, que se preocupaba de las cosas y cuyos ojos nostálgicos recorrían todos los rincones... como si buscaran el más allá. Siempre más allá... Mi cómplice intentó matarla, y yo le advertí que no era necesario derramar sangre y que no me comprometiera. Pero él veía en peligro la fortuna que le había prometido. Después de intentar matarla por segunda vez, decidí que era un estorbo. Siempre significaría un peligro y además me ahorra así la fuerte suma que le había prometido por su ayuda. De modo que acabé con él... Me di cuenta entonces de que matar es fácil... Espantosamente fácil...

Sus dientes produjeron un chasquido.

Peggy quiso gritar cuando le vio avanzar hacia ella con la navaja barbera en alto, pero de su garganta no brotó ningún sonido.

La navaja descendió como una guadaña.

Peggy consiguió ladearse en el último segundo, y la navaja resbaló por encima de su ropa, sin tocarla.

Pero la muchacha quedó arrinconada contra la pared, sin poder retroceder ni una pulgada más. O'Hara decidió clavar entonces el afilado borde de izquierda a derecha, buscando el cuello de su víctima. Sabía que no podía fallar el golpe.

Con los ojos muy abiertos, dándose cuenta de que iba a morir, Peggy vio retroceder bruscamente el brazo del asesino y luego ascender hacia ella la brillante hoja de la navaja. Contuvo la respiración, cubriéndose con ambas manos inútilmente el cuello. Solo pudo balbucir:

—Dios mío...

La navaja alcanzó su piel, pero no llegó a cortar.

Bruscamente, el brazo del asesino se detuvo. Algo así como un garfio de acero pareció retenerlo en el aire, igual que sucede en los sueños, donde los cuerpos se vuelven ingravidos de repente.

Peggy sintió que se ahogaba al ver aparecer junto a ambos una figura negra.

Era Caldwell.

Caldwell surgió de las sombras como una sombra más, sujetando con

sus dos manos el brazo armado del asesino.

O'Hara gritó al sentirse apresado por aquellos garfios, e intentó volverse para golpear con su mano izquierda el rostro de su enemigo.

Pero no lo consiguió.

Caldwell tiró del brazo, haciéndole saltar en una rara vuelta de campana que arrancó a O'Hara un grito de dolor. Se oyó un choque, y el asesino quedó tendido en el suelo. Aún intentó alcanzar con la navaja una de las piernas de su enemigo, pero no llegó a ellas.

Caldwell saltó sobre O'Hara, y, una vez al otro lado, le propinó un puntapié en la mandíbula.

O'Hara encajó el impacto con un grito de dolor, pero él, tipo resultó duro como una roca. Los años pasados en una poltrona, detrás de una mesa de despacho, no le habían ablandado. Era flaco, nervudo y tenía los músculos tensos. Logró sujetar el pie derecho de Caldwell y retorcerlo brutalmente. Un segundo después estaban los dos en el suelo.

La navaja aún seguía en la mano derecha de O'Hara, quien se ladeó velozmente. Peggy lanzó un grito de angustia al ver el filo cortar el costado de Caldwell.

Este contuvo la respiración, mientras en sus labios se dibujaba un rictus de angustia. O'Hara lanzó un grito triunfal mientras intentaba cortar de nuevo.

Caldwell lanzó un grito breve, un grito entrecortado que por unos momentos pareció el de un niño. Peggy sintió que el corazón le fallaba, que sus rodillas iban a doblarse. Apoyó ambas manos en la pared, a su espalda, para sostenerse, mientras jadeaba de angustia. Vio a Caldwell curvarse, mientras se tensaban todos sus músculos.

Las dos manos del joven sujetaron la muñeca armada de O'Hara. Peggy pensó que nunca viviría un momento tan angustioso como aquel, cuando vio brotar la sangre. Oyó como si llegara desde muy lejos, el grito de rabia de O'Hara.

Este sintió que le retorcían la mano, pero no soltó la navaja. Por un momento, los dos hombres, uno al costado del otro, se miraron intensamente, salvajemente, mientras volcaban todas sus fuerzas en aquella lucha desesperada que iba a ser la última. Caldwell era más muerte, pero estaba perdiendo sangre a chorros. El dolor lacerante de la herida le impedía jugar los músculos de su costado izquierdo. O'Hara contó con ello y presionó hacia aquel lado, arrancando a su enemigo otro grito de dolor.

Pero Caldwell no cedió.

Sus manos siguieron retorciendo la muñeca del asesino, mientras las facciones de este se contraían en una mueca de dolor horrible. La vida sería del que pudiera resistir más, del que más tarde se dejara vencer por el dolor o por el cansancio. Peggy oyó claramente el crujir de los huesos, el jadear

de las respiraciones contenidas...

Y de pronto O'Hara lanzó un grito de dolor, mientras soltaba la navaja.

Su muñeca había sido rota.

Caldwell, en el suelo, se incorporó poco a poco, sujetándose la herida, mientras miraba a su enemigo, que había perdido el conocimiento.

Sus labios temblaron.

—Ahora llama a la policía. Llámala. Te lo suplico, muchacha...

PUNTO FINAL

C

UANDO el teniente Parker hubo encendido su cigarrillo pareció sentirse mejor. Bebió un sorbo de *whisky* que se había servido y luego miro a Caldwell.

—Beba usted también. Le entonará. ¿Cómo se siente ahora? ¿Le han hecho sufrir mucho durante la cura?

—Ha sido un poco molesta. Ahora ya me siento mejor.

—¿Qué dice el médico de la herida?

—Que era muy ancha, pero poco profunda. He tenido suerte.

—Entonces, ¿cree que está en situación de hablar?

Caldwell bebió también un sorbo de *whisky*, mientras por sus finas facciones parecía pasar un rictus de amargura.

—Por supuesto, teniente.

—Entonces, para empezar, dígame algo que considero lo más importante. ¿Quién es usted?

—Me llamo John Caldwell. Soy hijo del matrimonio que murió abrasado en esa casa hace años.

—¿Hijo? Ellos no lo tenían inscrito en el Registro civil.

—No olvide que no nací aquí, sino en New York, durante un viaje de mi madre. Es allí donde me inscribieron, según puedo demostrar.

—Pero cuando dos personas ricas, conocidas y apreciadas en una pequeña población tienen un hijo, todo el mundo se entera, y al cabo de los años hay docenas de personas que lo recuerdan aunque el hijo desaparezca. ¿Por qué en el caso de usted no ha sido así? ¿Qué explicación tiene esto?

Caldwell se llevó con suavidad los dedos a la parte dolorida, mientras distendía los labios en una nostálgica sonrisa.

—Mi padre nunca quiso reconocermé. Absurdo, pero es así. Mi padre era un hombre serio, solemne, muy del siglo pasado, con una nutrida cuenta corriente y una gran dignidad que defender. Esa clase de hombres, de un exagerado y falso puritanismo, abundan mucho por esta parte del país. Mi madre, en cambio, era fina, frágil, acobardada y tímida. Una sola palabra de

mi padre era una bendición o una maldición para ella, según como esa palabra fuese.

Hizo una leve pausa y prosiguió:

—La razón de que yo naciese durante un viaje a New York no fue casual. Poco antes de quedar encinta, mi madre había visto a un antiguo novio, con el que se entrevistó una vez al solo objeto de rogarle que le devolviera unas viejas cartas y la dejase en paz. Mi padre se enteró y no quiso dar a aquella entrevista el significado que efectivamente había tenido, sino otro muy distinto. Años más tarde, cuando llegó a saber la verdad, pidió perdón a mí madre de la forma más humilde, pero ya era tarde para rectificar en cuanto a mí. Un par de días después morían en el incendio...

—De modo que su padre le reconoció legalmente en Nueva York, pero nunca quiso admitirle moralmente como a un hijo.

—Así fue.

—¿Y por qué no le trajeron a Vernonside?

—Pese a las desesperadas suplicas de mi madre, quedé al cuidado de una nodriza. De todos modos, ellos estuvieron tres meses en Nueva York, hasta que me vieron bien atendido. Luego mi padre explicó a todo el mundo que el hijo que esperaban había fallecido poco después del parto.

El teniente llenó otra vez su vaso.

—Pero usted sabía eso...

—Sí. Lo sé desde hace algunos años.

—¿Antes de que sus padres murieran en el incendio?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se presentó aquí a reclamar? La herencia era muy cuantiosa. ¿Qué le impidió hacerlo?

—No quería nada que viniese de mi padre.

—¿Y qué buscaba aquí?

—Las tumbas de mis padres. Sabía que sus cenizas habían recibido sepultura en el jardín de la casa.

—¿Para qué?

—En todos estos años, con mis ahorros he ido pagando el mejor panteón en el cementerio de esta ciudad. Era lo último que podía hacer por ellos, sobre todo por mí madre.

—¿Por qué no obró a la luz del día?

—Cuando llegué aquí me encontré con un desconocido viviendo en esta casa. Deduje inmediatamente que no me consentiría buscar unas sepulturas en su propiedad.

El teniente bebió un último sorbo de *whisky*.

—¿Y durante el día?

—Vivía en una casa situada detrás del cementerio.

—Bien, creo que todo está suficientemente explicado. Ahora supongo

que irá a buscar a su novia.

—¿Mi novia?

El teniente sonrió.

—No me diga que ni Peggy ni usted se han dado cuenta.

Caldwell dijo humildemente:

—Gracias por advertírmelo, de todos modos.

—¿Sabe lo que podemos hacer? Tomar billete los tres en el primer avión que salga para New York. ¿Y sabe lo que le digo? Que ya tenía ganas de que se resolviera este asunto.

Como usted sabe, mis superiores me enviaron aquí a interrogar a Peggy, pues yo fui quien tomó contacto con este caso al principio, en el apartamento de ese señor O'Hara. Vine aquí, como le digo, a interrogar a Peggy. Y la policía local me pidió que siguiera ocupándome del caso. ¡En qué mala hora dije que sí!

—Bueno, ya está todo resuelto.

—Gracias a Dios.

—Entonces, ¿qué, voy a por Peggy y encargamos tres billetes de avión para New York?

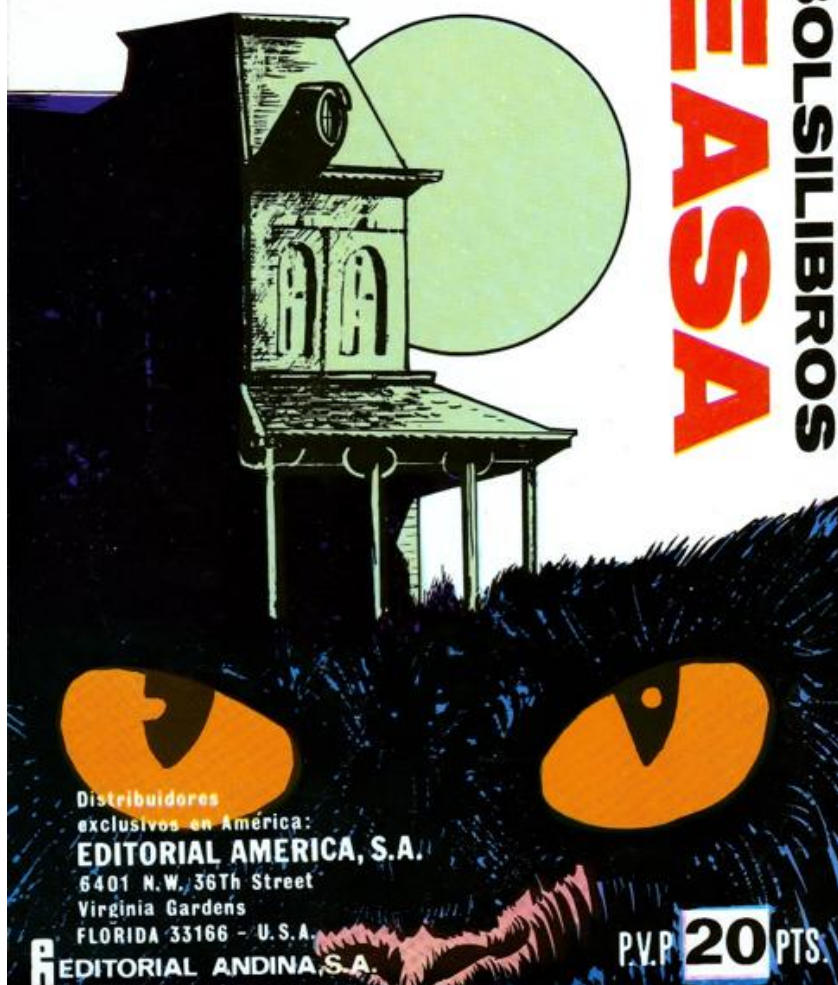
—Sí. Por favor, en el primer avión.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.

EDITORIAL ANDINA S.A.

P.V.P. **20** PTS.